

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL VERGONZOSO EN PALACIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

DEL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA

REFUNDIDA POR

DON CALIXTO BOLDUN Y CONDE



VALENCIA

Establecimiento tipográfico de Francisco Vives Mora
6, Hernán Cortés, 6

1910

G-F 24871

EL VERGONZOSO EN PALACIO



T. 450550 C- 75463551

NOTA. *Se considerarán furtivos todos los ejemplares que no lleven el sello del autor y una marca reservada.*

EL VERGONZOSO EN PALACIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

DEL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA

REFUNDIDA POR

DON CALIXTO BOLDUN Y CONDE

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro del CIRCO, para la inauguración de temporada, la noche del 30 de Septiembre de 1875



VALENCIA

Establecimiento tipográfico de Francisco Vives Mora
6, Hernán Cortés, 6

1910

PERSONAJES

ACTORES

D. ^a MAGDALENA. . . .	SRTAS. ELISA BOLDUN.
D. ^a SERAFINA.	DOLORES ABRIL.
MIRENO.	SRES. RAFAEL CALVO.
EL DUQUE DE AVERO.	DONATO GIMÉNEZ.
LAURO.	LEOPOLDO VALENTIN.
DON ANTONIO.	RICARDO CALVO.
EL CONDE DUARTE. . .	JOSÉ CAPILLA.
RUI-LORENZO.	PEDRO ABBAD.
TARSO.	MARIANO FERNÁNDEZ.
FIGUEREDO.	JOSÉ CALVO.
EL ALCALDE.	TOMÁS INFANTE.
DENIO.	FERNANDO CALVO.
VASCO.	JUAN PEÑA.
UN CAZADOR.	PERAL FORNOZA.

La escena es en Averó, villa de Portugal, y en las cercanías de ella.—Años 1400...



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

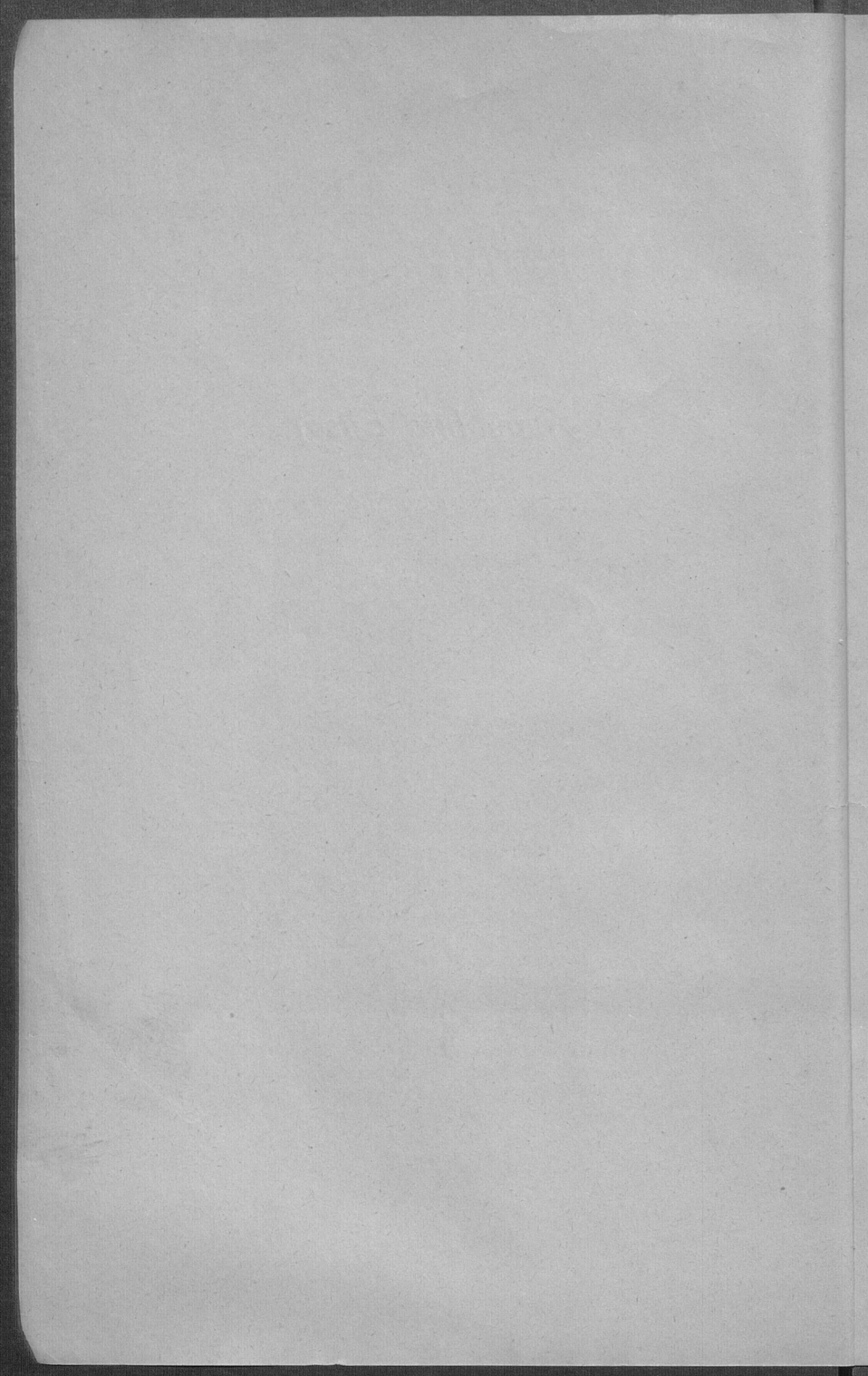
El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mi hija Elisa,

honra de mis canas y encanto de mi corazón.





ACTO PRIMERO

Bosque.— Al levantarse el telón atraviesan el monte en último término algunos cazadores y jauría al toque de trompas de caza: después de una pausa salen por el bosque derecha el Duque de Averó y el Conde, de cazadores, con venablos.

ESCENA PRIMERA

DUQUE, CONDE.

DUQUE	De industria, á esta espesura retirado vengo de mis monteros, que siguiendo un jabalí, celosos, nos han dado el lugar que pedís; aunque no entiendo con qué intención, confuso y alterado, —cuando en mis bosques festejar pretendo vuestra venida, conde don Duarte,— dejáis la caza por hablarme aparte.
CONDE	Basta disimular: sacá el acero, (Desenvaina el suyo.) que ya olvidado os comparaba á Numa; el que desnudo véis, Duque de Averó, os dará la respuesta en breve suma.
DUQUE	Qué decís?
CONDE	Que de lengua al caballero ha de servir la espada, no la pluma,

- DUQUE que muda dice á veces vuestra mengua.
Rayo es la espada que parece lengua,
y pues con ella estáis, y así os provoca
á dar quejas de mí, puesto que en vano,
refrenando las lenguas de la boca
hablen sólo las lenguas de la mano,
(Desenvaina.)
si la ocasión que os doy, que será breve,
á decirme el motivo ántes no os mueve.
- CONDE Bueno es que así disimuléis los daños
que contra vos el cielo manifiesta!
- DUQUE Contra mí el cielo?
- CONDE Si en los muchos años
de vuestra edad prolija, el miedo presta,
Duque de Avero, excusas, no hay engaños
que á alucinarme sirvan: la respuesta
que me pedís, ese papel la afirma
con vuestro sello, vuestra letra y firma.
(Le arroja un papel.)
Tomadlo, pues es vuestro; que el eriado
que sobornásteis para darme muerte,
es en lealtad de bronce, y no ha bastado
vuestro interés para matarme en suma.
- DUQUE Que yo llegué á escribirle?
- CONDE Que en mi Estado
me quitase la vida; y de esta suerte
no os espante que os diga y lo presuma,
que en vez de espada ejercitáis la pluma:
Rudo ataque á mi honor le inferís fuerte.
¿Que yo os mandé matar?
- CONDE (Levantando el papel que arrojó.)
¿Podréis el sello
negar de vuestra casa?
- DUQUE Ah! No! Y tampoco
que esta es mi firma.
- CONDE Ved si me querello
con justa causa!
- DUQUE Estoy despierto ú loco?
- CONDE Leed ese papel, que con leello
veréis cuán justamente me provoco
á tomar la venganza por mis manos.
- DUQUE Qué intriga es esta, cielos soberanos!

(Lee.) «Para satisfacción de algunos agravios,
»que con la muerte del conde de Estremoz se
»pueden remediar, no hallo otro medio más
»fácil que la confianza que en vos tengo pue-
»ta; y para que salga verdadera, me importa,
»—pues sois su camarero,—seáis también el
»ejecutor de mi venganza: cumplidla y venios
»á mi Estado, que en él estaréis seguro y con
»el premio que merece el peligro á que os ex-
»ponéis por complacerme. Sirvaos esta carta
»de creencia y dádsela á quien os la lleve, ad-
»virtiéndole lo que importa la brevedad y el
»secreto.—De mi villa de Avero á doce de
»Marzo de mil cuatrocientos años.—El Duque.»

CONDE

No sé qué injuria os haya jamás hecho
la casa de Estremoz, de que soy conde,
para degenerar del noble pecho
que á vuestra antigua raza corresponde.

DUQUE

Si no es que algún traidor ha contrahecho
mi firma y aun mi sello, en quien se esconde
algún secreto enojo con que intenta
con vuestra muerte mi perpétua afrenta.
Vive el cielo!... que sabe mi inocencia
y conoce el autor de este delito,
que jamás en ausencia ó en presencia,
por obra, por palabra ó por escrito
procuré vuestro daño: á la experiencia
—si queréis aguardalla—me remito.
Oh! Ayúdeme el Señor á que esta tarde
sepa yo quién la trama urdió cobarde.
Confieso la razón que habéis tenido;
y hasta dejaros, Conde, satisfecho,
que suspendáis el justo enojo os pido
y soseguéis el alterado pecho.

CONDE

Yo soy contento, Duque: persuadido
me dejáis algún tanto.

DUQUE

(No sospecho
quién el autor ha sido de este insulto,
que con mi firma y sello viene oculto.
¿De quién pensar yo puedo tan ruin traza?)

ESCENA II

DICHOS, CAZADORES, MONTEROS y JAURIA.

CAZ. 1.º Rindióse el jabalí!
DUQUE Disteisle caza?
CAZ. 1.º Diéronse la tus perros corredores,
que á sus colmillos les cerraron plaza.
CONDE Y vuestra habilidad también, señores,
en el ojeo...
DUQUE Ah! sí...
CAZ. 1.º No hemos dejado
á vida jabalí, corzo ó venado.
DUQUE Hay mucha presa?
CAZ. 1.º Habrá la suficiente
para que tus acémilas no tornen vacías.
DUQUE Qué se ha muerto?
CAZ. 1.º Más de veinte
en ciervos y paletos, por que adornen
las puertas del palacio con su frente,
hasta que del mochuelo en nido tornen.
Muerto hay á más un oso temerario.
Sin la caza menor, porque esa espanta.
DUQUE. Mátase en este bosque de ordinario
gran suma de ella tras de cada planta.

ESCENA III

DICHOS, FIGUEREDO.

FIGUER. Ah! Os hallo al fin, señor?...
DUQUE Con prisa tanta,
¿qué venís á anunciarme que me importe?
Descansad y decid. ¿Qué hay en mi corte?...
FIGUER. Una traición que habemos descubierto,
que por tu secretario aleve urdida,
al conde de Estremoz hubiera muerto
si llegara la noche.
CONDE. Á mi?
FIGUER. La vida
á un azar la debéis y á mi cantela.
CONDE. (Ap.) (La voz de mi conciencia bien advierto!)

- DUQUE ¿Rui-Lorenzo á esta trama dió concierto?
CONDE (Ap.) (Engañé la hermosura de Leonela su hermana, y luego ingrato despreciéla!)
DUQUE Gracias al cielo que por la justicia del inocente vuelve! ¿Y de qué suerte se supo la traición de su malicia?
FIGUER. Llamó en secreto á un mozo pobre y fuerte, y como puede tanto la codicia, prometiéndole, si al Conde daba muerte, enriquecerle, y para asegurarle, dijo, señor, mandabas tú matarle.
DUQUE Mas ¿qué le indujo, en fin, contra mi fama?
FIGUER. Aquesta noche prometió en efecto cumplirlo el mozo; pero el mozo que ama, es pródigo de hacienda, y de secreto y á una moza contóselo indiscreto; ésta á su madre, y en el mismo día ya todo Avero la traición sabía.
DUQUE Prendió al parlero mozo la justicia?
FIGUER. Sí: Lorenzo se huyó con un criado, cómplice en sus traiciones y malicia. Todo esto el preso al juez ha confesado.
DUQUE A tiempo aquí tragisteis la noticia. ¿Veis, Conde, cómo el cielo ha averiguado todo el lance y mi honra satisfizo? Rui-Lorenzo mi firma contrahizo.
CONDE Yo... (Disculpándose.)
DUQUE Averiguar primero las verdades que ciego acometer, fué la prudencia de sabias y discretas cualidades.
CONDE No sé qué le responda á vueexcelencia. Nunca debí creer... Perdón os pido.
DUQUE Vuestra falta relego ya al olvido. Pésame que el autor de aqueste exceso haya huído!
FIGUER. Ya haremos por buscallo gran diligencia.
DUQUE Yo al que muerto ó preso le trujere, prometo de entregalle la hacienda que él dejó.
CAZ. 1.º Si ofreces eso no habrá quien no le busque.

DUQUE

Verá dalle

todo este reino un ejemplar castigo.

Vamos, Conde? (Tomándole del brazo.)

CONDE

(Ap. al duque.) (Ah! Señor...)

DUQUE

Quedáis mi amigo. (Vánse.)

(Dentro tocan trompas de caza.)

ESCENA IV

LAURO, MIRENO, TARSO. Los tres visten de pastores, con sayo largo y caperuza: Mireno saca azadón: Tarso trae pala, alforja y bota.

LAURO

(Oh! Él es, si mal no le ví)...

(Mirando adentro.)

Es el gran Duque de Avero;

y aunque este traje grosero

desmiente el que ayer vestí,

prudente obró mi cuidado

en evitar que él me viese

y á su memoria acudiese

un recuerdo del pasado.)

(Tarso se sienta y come de la alforja.)

MIRENO

Padre, ¿por qué si no ignora

tu amor la mucha alegría

que me da una cacería,

me apartas de la que agora

de aqueste monte se aleja?

Déjame que sus senderos

les enseñe á los monteros...

LAURO

Ah! no: mi amor te aconseja

perseguir en las labores

del campo, más provechosas

al cuerpo, que no azarosas

costumbres de los señores.

Y á mayor gloria convida

producir del suelo un grano,

que por solo gusto vano

quitar á un bruto la vida.

TARSO

No está bien matar un lobo?

Ríome de tus consejos;

pues perdices y conejos

LAURO bien te gustan en adobo! (Bebe de la bota.)
MIRENO Que en fin, volvemos ya á casa?
 Si no lo tomas á mal,
 junto aqueste manantial
 quedo en tanto que el sol pasa.
LAURO Sea. Adiós!
MIRENO No he de abrazarte?
LAURO Sí, hijo mío, y otra vez;
 pues pronto ya mi vejez
 tal consuelo ha de privarte.
 (Se marcha por el monte apoyado en su báculo. Mireno, al
 verle marcharse, manifiesta gran sentimiento.)

ESCENA V

MIRENO, TARSO

TARSO La tarde fué aprovechada. (Bebe.)
MIRENO (Ahogando me está la pena!)
TARSO De mucho trigo y avena
 quedó la troje atestada!
 Ya Lauro no ha de temer
 que ogaño nos falte pan
 como antaño, que á su afán
 grano hay mucho que moler.
MIRENO A Dios las gracias le envío,
 pues no olvida en su grandeza
 la ancianidad y pobreza
 del que llamo padre mío.
TARSO Del que llamas? Bravo modo
 tienes de honrar á tal padre.
 (Levantándose enojado.)
 Pues no te engendró en tu madre?
 Te crees formado del lodo
 como nuestro padre Adán?
MIRENO Oh, Tarso, las burlas deja;
 oye atento y me aconseja
 en mil dudas que le dan
 al alma fiero tormento.
 Siéntate. (Sentándose abatido.)
TARSO No es gran trabajo; (Se sienta.)

siéntome: tú echa á destajo
dudas y penas al viento,
á que las llore un amigo.

MIRENO La mucha satisfacción
que tengo de tu afición
me obliga á tratar contigo
lo que á no quererte tanto
ejecutara sin ti.

TARSO De ver que me hablas así
tan seriamente me espanto.
Contigo desde pequeño
me crió Lauro, y aunque
con mis ovejas podré
gobernar casa y ser dueño,
quiero más por el amor
que hace tiempo te he cobrado,
ser en tu casa criado
que en la mía ser señor.

MIRENO En fe de haber descubierto
mi experiencia que es así,
y hallar Tarso, ingenio en tí,
—si bien que humilde, despierto—
quisiera en tu compañía
probar si hasta donde alcanza
la barra de mi esperanza
llega la ventura mía.
Mucho ha que me tiene triste
mi altiva imaginación,
cuya soberbia ambición
no sé en qué estriba ó consiste.
Considero algunos ratos,
que los cielos, que pudieron
hacerme noble y me hicieron
un pastor, fueron ingratos.
Y que, pues, con tal bajeza
me acobardo y me avergüenzo,
puedo poco pues no venzo
mi misma naturaleza.
Tanto el pensamiento cava
en esto, que ha habido vez,
que afrentando la vejez
de Lauro mi padre, estaba

por dudar si soy su hijo
ó si me hurtó á algún señor...
Crees?...

TARSO
MIRENO

No: que de su amor
mi necio engaño colijo.
Mil veces con él á solas
ya le pregunté si acaso
el mundo, que á cada paso
honras anega en sus olas,
le sublimó á un alto asiento
y derribó del lugar
que intenta otra vez cobrar
mi atrevido pensamiento.
Porque el ser advenedizo
él aquí, dá esta opinión;
y su mucha discreción
dice claro que es postizo
su grosero oficio y traje.

TARSO

Cierto. Aunque más lo reporte,
mejor le cuadra á la corte
que á los campos su lenguaje.

MIRENO

Si alguna vez quise yo
aclarar mis confusiones,
él con largas digresiones
giro á otros sucesos dió;
que todos paran en ser
—contra mis intentos vanos—
progenitores villanos
los que me dieron el ser. (Se levanta.)
Esto, que tiende á humillarme,
con tal ímpetu me altera,
que de esta vida grosera
me ha forzado á desterrarme
de mi casa, y á buscar
lo que el hado me destina;
que á cosas grandes me inclina,
y algún bien me ha de allegar.
Que si tan bajo nací
cual mi padre me crió,
cuanto más me encumbra yo
más vendré á deberme á mí.
Jesús! (Persignándose se levanta.)

TARSO

- MIRENO Si participar
quieres mi mal ó mis bienes,
ocasión propicia tienes.
(Gesto de Tarso para interrumpir.)
Déjame de aconsejar
y determinate luégo.
- TARSO Para mi bástame el verte,
Mireno, de aquesta suerte:
ni te aconsejo ni ruego.
Discreto eres y estudiado
has con el cura: yo quiero
seguirte, aunque considero
de tu padre el gran cuidado!
- MIRENO Tarso, si dichoso soy,
yo espero que he de trocar
en contento su pesar.
- TARSO Y cuándo hemos de irnos?
- MIRENO Hoy.
- TARSO Tan pronto? Y con qué dinero?
- MIRENO De dos bueyes que vendí,
lo que basta llevo aquí.
Vamos derechos á Avero
y compraréme una espada
que echo ménos:
- TARSO Plegue á Dios
que no volvamos los dos
como perro con pedrada!
- MIRENO Vamos.
- TARSO Espera, no avances
tan aprisa en tus estragos...
(Saca la bota.)
que sólo á fuerza de tragos
podré pasar estos lances.
(Recoge la alforja, los vieldos y azadones, y se prepara
á marchar.)

ESCENA VI

DICHOS, RUI-LORENZO, VASCO. Bajan del monte.

- VASCO Bebe del manantial que ya conoces
y huyamos lo más pronto de estos sitios,

si no las postas nos darán alcance;
y los villanos de estas cercanías
que nos buscan cual galgos á la liebre,
nos habrán de atrapar y llevar presos.
Pero ¡ah! que allí están dos...

RUI-LOR.

Qué! Esos villanos
pacíficos se muestran y sin armas;
poco mal vos harán.

VASCO

Pléguele al cielo!

MIRENO

Tarso, despacha ya... no vuelva Lauro
y estórbenos marchar.

TARSO

Bueno es llevemos
algo de que comer...

RUI-LOR.

Calla y lleguemos.—
¿A dónde bueno, amigos?

TARSO

Eh! Dos moscones?
(Escondiendo la bota.)

MIRENO

A la villa á comprar algunas cosas
que habemos menester. ¿Está allí el Duque?
Allí quedaba.

RUI-LOR.

MIRENO

Déle vida el cielo.
Y vosotros, dó vais? Porque esta senda
se aparta del camino real; no guía
tampoco á las cabañas que se apoyan
en la falda del cerro, y no quisiera
que perdidos la noche os sorprendiera;
que hay lobos en el bosque asaz hambrientos,
y acometeros pueden.

RUI-LOR.

Tus palabras
declaran tu bondad, pastor amigo.
Por vengar la deshonra de una hermana,
intenté dar la muerte á un poderoso;
y sabiendo mi honrado pensamiento,
manda el Duque de Avero que me prenda
su gente por aquestos despoblados.

MIRENO

RUI-LOR.

¿Por una hermana son vuestros cuidados?
De un altivo señor que habita en Évora
y es amigo del Duque, la falsía
llegó á hacerle á mi hermana la promesa
de alzarla hasta su esposa, y con malicia,
—buscando una ocasión á ello propicia,—
hizo violento bruto en su honor presa.

- MIRENO Ah! Y después la olvidó?
TARSO (Ap. á Mireno.) (Mal se lo aliña...)
MIRENO Qué dices?
TARSO Si á su hermana le importase
—por más que el otro audaz la festejase,—
guardar mejor las uvas de su viña,
no las catara el otro.
- MIRENO Desatinos!
TARSO Menos Lucrecias hay que hubo Tarquinos.
MIRENO Lástima me habéis dado, y vive el cielo
que si como la suerte avara me hizo
un humilde pastor, noble me hiciera,
por mi cuenta tomara vuestro agravio.
Lo que se puede hacer, de mi consejo
es que los dos troquéis esos vestidos
por estos que llevamos, (Señalando los suyos.)
y encubiertos
os libraréis mejor, hasta que el hado
á daros su favor tal vez comience,
que la industria, señor, peligros vence.
- RUI-LOR. Oh noble pecho, que entre paños toscos
descubres el valor mayor que he visto!...
Páguete el cielo, pues que yo no puedo,
ese favor!
- MIRENO La diligencia importa:
venid, y en cualquier cueva trocaremos
el traje...
(Se marcha Rui-Lorenzo. Mireno va á seguirle y Tarso le
detiene.)
- TARSO Aguarda.
MIRENO (A Rui-Lorenzo.) Vuestros pasos sigo.
Qué me quieres?
- TARSO Que yo vuelvo á mi tema
de que ese hombre te engaña, ó al menguado
su hermana le trocó su mal fregado.
- MIRENO Lo que en ésta pasó no hace á mi cuenta:
leal ayuda al que sufrió la afrenta. (Vase.)

ESCENA VII

TARSO y VASCO.

TARSO Defiéndose una gata como un puño
del amor de un gatazo cari-romo,
por los caramanchones y tejados
con sólo decir, *miaú!* y echar un *fú! fó!*
y quieren ciertas *daiías* persuadirnos
que cedieran tan sólo á la violencia
ó á la ocasión? Bellacas! Yo aseguro,
si como echa á galeras las justicia
los forzados, echase á las forzadas,
que hubiera ménos y esas más honradas.
VASCO Venid también, daréisme vuestro sayo.
TARSO Cómo es eso? ¿Trocarme habré en lacayo?
VASCO Aqueso nos conviene.

TARSO A vos lo explico,
mas no que yo me aforre en piel de mico.
En fin, vamos allá, ya que mi dueño
de hoz y de coz metióme en este empeño.
(Anda muy despacio.)
VASCO Venid, que el tiempo apremia!
(Llevándosele. Tarso se deja ir hasta el bastidor y retro-
cede á buscar la alforja con la bota.)
TARSO Aguarda un tanto,
que en procesión me lleve aqueste santo,
al cual yo me en-comiendo en ocasiones
con largas oraciones,
cuando por el no-ayuno estoy temiendo
cólico padecer ó indigestiones,
en la ocasión propicia
de un hartazgo de nabos de Galicia;
pues muchos de ellos vienen de esa tierra
que habémoslos partir con hacha y sierra.
VASCO Tamaños son?

TARSO Si fuesen de tasajo,
sirvieran de alimento y agasajo
á toda una familia en dos inviernos.
De uno que yo merqué de los más tiernos,
llegué á sacar madera la bastante

á hacer seis taburetes y una mesa,
(Contando por los dedos.)
un arado con yugo por delante,
cinco zuecos, un cofre y una artesa;
y á más, de sus astillas y su broza
labralles pude á mis cochinos choza,
y aun al cura he de hacelle en lo que queda
pulpito en que el sermón decirnos pueda.
Ah! no fuese tamaña esta hija mía,
á la que estoy curando hidropesia!

(Por la bota.)

Apenas la acaricio, es tan menguada,
que ya la veo pez con pez pegada.

Reparad cuál se encoge.

(La empina y bebe. Vasco se lo estorba.)

VASCO

Buena es esa!

Si alejarnos de aquí corre tal priesa,
en eso me detienes?

TARSO

Yo?...

VASCO

(Tocando la empuñadura.) Anda, digo!...

Si voto á bríos, que haré!...

TARSO

Cruel enemigo!...

Que yo cure á mi bota te rebota?

Exíforas; Satán! Pues que eres moro,
vete, y me deja en la oración devota
de esta panzada imagen que yo adoro!
Déle yo el beso que mi amor le envía!...

(Empina Tarso y Vasco se lleva la bota.)

VASCO

A ver si agora vienes!

TARSO

Si á fé mia!

Hasta el limbo seguirte habré ligero,
que la bota es imán y yo só acero.

(Váse tras Tarso.)

ESCENA VIII

CAZADORES, ALCALDE, DENIO y PASTORES

CAZ. 1.º

Ya los vestidos y señas
de amo y criado expliqué.
Busquemos...

ALCALDE

Yo los pondré,

(á hallarlos) cual digan dueñas.
DENIO Que quiso matar al Conde?
CAZ. 1.^o Eso quiso!
ALCALDE Par de Dios!...
que si los cojo á los dos
y el diablo no los esconde,
que he de llevarlos á Avero
con cuerda y grillos!

DENIO No, cá!
Qué bestia los llevará?
No la mía.

ALCALDE Regidero,
no os metáis en eso vos,
que no empuño yo de balde
esta vara. No só alcalde?
Pues yo juro á nom de Dios
de que háis de her lo que publico,
y los dos presos llevar
con grillos hasta el lugar,
á lomo tú ó tu borrico.

CAZ. 1.^o Busquémoslos, que después
concertaremos el modo
con que han de ir.

ALCALDE El monte todo
está cercado: por pies
no se han de ir, no, pesia al cura
que los encrismó.

CAZ. 1.^o Busquemos.
ALCALDE Sin registrar no dejemos
ni un chaparro en la espesura.
(Se marchan por el monte.)

ESCENA IX

MIRENO, vestido con el traje de RUI, y éste con el de
Mireno.

RUI-LOR. De tal manera te asienta
el cortesano vestido,
que me hubiera persuadido
á que eres hombre de cuenta,
á no haber visto primero

que ocultaba la belleza
de tu talle, la bajeza
de aqueste traje grosero.

(Señalando el que él viste.)

MIRENO

(Con negativa.)

Oh! cuando viste un villano
las galas del traje noble,
parece imagen de roble
que no mueve pie ni mano.

RUI-LOR.

No así tú.

MIRENO

También se diz,
si al villano se sospecha,
que es pared de adobes hecha
que cubre rico tapiz.

RUI-LOR.

Pues cuando yo en tí contemplo
el desenfado con que andas
y el donaire con que mandas
ese vestido, otro ejemplo
hallo en tí más natural
que vuelve por tu decoro,
y te llamo imagen de oro
que encubrió tosco sayal.
Alguna nobleza infiero
que hay en tí, pues te prometo
que te he cobrado el respeto
que al mismo duque de Avero.

MIRENO

Hágate el cielo como él!

Y á tí, con sosiego y paz,
te vuelva sin el disfraz
á tu estado, y fuera dél,
con paciencia vencerás
de la fortuna el ultraje.

(Enternecido y mirando hacia dentro.)

Busca agora en ese traje
mi padre... allí... que hallarás
consuelo en él: de él te fía,
y dile que me destierra
mi inclinación á la guerra.
Que espero en Dios que algún día

(Enjugando una lágrima.)

buena vejez le he de dar,
y adiós... (Dándole la mano.)

RUI-LOR. Pague él lo que os debo.
MIRENO Lleváis la espada?
RUI-LOR. La llevo
para poder evitar,
si me conocen, mi ofensa.
MIRENO Oh! Hacéis bien. Andad con Dios,
porque Tarso y yo, los dos,
aunque vamos sin defensa,
no la habemos menester.
(Ap.) (Allá espadas compraremos.)

ESCENA X.

DICHOS, VASCO.

VASCO Vámonos, señor. Qué hacemos
ya aquí? Me quisiera ver
cien leguas de este lugar.
MIRENO Y Tarso?
VASCO Allá desenreda
mis ropas que agora queda
comenzándose á abrochar.
MIRENO Idos ya...
RUI-LOR. Al agradecido
no dais los brazos?
MIRENO Sí á fé!
y de amigo!
RUI-LOR. El cielo os dé
fortuna de bien nacido! (Vánse.)

ESCENA XI

MIRENO.

Del castizo caballo descuidado
el hambre y apetito satisface
la verde yerba que en el campo nace,
si huelga el freno del arzón colgado.
Mas luego que el jaéz de oro esmaltado
le pone el dueño, le habla y fiestas le hace,
argenta espuma, céspedes deshace
con el pretal sonoro alborozado.

Del mismo modo, entre la encina y roble
criado, con el rústico lenguaje
y vistiendo sayal tosco he vivido.
Mas despertó mi pensamiento noble
como al caballo el cortesano traje,
que aumenta la soberbia el buen vestido!

ESCENA XII

DICHO, TARSO, con el vestido de Vasco.

TARSO Ya que estoy enlacayado,
 pése á mí... y tú caballero,
 ¿qué hemos de hacer?

MIRENO Ir á Avero,
 que este traje ha levantado
 mi pensamiento de modo
 que á extrañas esferas vuelo!

TARSO Tú querrás subir al cielo
 y daremos en el lodo.
 Mas pues eres ya otro hombre,
 no es bien que mudes de nombre?

MIRENO Yo?

TARSO El de Mireno no es bueno
 para nombre de señor.

MIRENO Dices bien; no soy pastor
 ni he de llamarme Mireno.
 Don Dionis en Portugal
 es nombre ilustre y de fama.
 Don Dionis desde hoy me llama.

TARSO No lo has escogido mal;
 que los reyes que ha tenido
 de ese nombre esta nación,
 eterna veneración
 ganaron á su apellido.
 Para honrarle en él me ensayo.

TARSO Ahora bien, ya que te ensalzas,
 dame un nombre que á estas calzas
 les venga bien de lacayo,
 que ya el de Tarso me quito.

MIRENO Escógele tú á tu antojo.

TARSO Si no lo tienes á enojo,

no será bueno?...

MIRENO
TARSO

Cuál?

Brito.

Qué te parece?

MIRENO
TARSO

Extremado!

(Riendo estúpidamente.)

De ca...brito es, ¡vive Dios!...
pero á bien que de los dos
sólo tú has de ir... á casado.

ESCENA XIII

DICHOS, ALCALDE, DENIO, CAZADORES, PASTORES, con armas y
cordeles, por el monte.

ALCALDE Válgame el dimoño, amén!
Que no los hemos de hallar!...

CAZ. 1.^o (Bajando del monte.)

Si no es que saben volar,
imposible es que no estén
entre estas matas y peñas.

DENIO Busquémoslos por lo raso...

Oh! Aquellos son!

CAZ. 1.^o Hablad paso;
que si no mienten las señas
son los propios.

ALCALDE Ea!... atadle
los brazos, pues véis que están
sin armas!

(Los pastores cogen por detrás á Mireno y Tarso y los
atan. Los cazadores los amenazan con sus armas.)

CAZ. 1.^o Rendios, galán.

CAZ. 2.^o Alto al rey!

ALCALDE Tené al alcalde!

MIRENO Qué es esto?

TARSO Estáis en vosotros?

Por qué nos prendéis?

ALCALDE Por gatos!

TARSO De qué desván?

ALCALDE Mojigatos!...
no os han de valer quillotros
para dar la muerte al Conde.

CAZ. 1.^o Aún preguntáis vos, por qué
os prendemos? Bueno á fél
TARSO Qué Conde ó qué muerte?
MIRENO ¿A dónde
nos habéis visto otra vez?
ALCALDE Eso os lo dirá el verdugo
cuando os cuelgue cual besugo
de las agallas y nuez.
(Atan juntos á Mireno y Tarso.)
MIRENO Á tener aquí una espada
os fuérais arrepentidos.
TARSO (Al trueque de los vestidos
debemos esta gatada!)MIRENO Ten ánimo!
TARSO Ay don Dionís,
mal lance!
DENIO Qué barbullís?
ALCALDE Ea! Calle el bellacón!
TARSO Callar?... Ni puedo, ni quiero.
MIRENO Dónde nos lleváis?
ALCALDE Á Avero.
MIRENO Pues ten, Tarso, corazón,
que cuando el duque nos vea,
caerán éstos en su engaño
sin que nos mande hacer daño.
TARSO Ay! Quiera Dios que así sea! (Vánse todos.)

MUTACIÓN

Salón de palacio, con puertas laterales y rompimiento de
tres arcos en el fondo.

ESCENA XIV

D. ANTONIO y FIGUEREDO.

El primero sale por el foro y se encuentra con Figueredo, que le aguarda
en la puerta derecha del actor.

FIGUER. Entrad, don Antonio!
ANTONIO (Imponiéndole silencio.) Paso?...
No me nombréis, que no quiero
hagáis de mí tanto caso
que me conozca en Avero

el Duque: á Galicia paso
donde el rey don Juan me llama
para en asuntos tratar
de la guerra...

FIGUER.

Sé que os ama.

ANTONIO

Con todo, aquí he de quedar
por ver si es justa la fama
que ofrece el lugar primero
de esta corte, á la hermosura
de las hijas del de Averó;
pues hay alguien que murmura
si miente el vulgo ligero.

FIGUER.

Bien hay que estimar y ver
en ellas; y á poder ser
que tu estancia aquí yo goce...

ANTONIO

Si aquí el Duque me conoce
y me obliga á detener,
caer en falta recelo
con el rey.

FIGUER.

Pues si eso pasa,
del Duque al disgusto apelo;
pues si sabe que en su casa
don Antonio de Barcelo,
conde de Penela, ha estado,
y que encubierto ha pasado,
cuando le pudo servir
en ella, lo ha de sentir
con exceso, que á su Estado
jamás llegó caballero
que por cortesía y leyes
no hospedase.

ANTONIO

Así lo infiero;
que es nieto, en fin, de los reyes
de Portugal el de Averó.
Mas hablando en puridad:
¿tan notable es la beldad
que en sus dos hijas sublima
la fama?

FIGUER.

Es curiosidad?...
ó el alma acaso os lastima
el ciego amor?

ANTONIO

Sus centellas

mal causáranme querellas
si de su vista no gozo.
Curiosidades de mozo,
primo, me traen á vellas.
¿Cómo tengo de querer
lo que aún no he llegado á ver?

FIGUER.

Que eso me digáis me pesa.
Nuestra nación portuguesa
esta ventaja ha de hacer
á todas, pues porque asista
aquí amor (que es su interés),
ha de amar en su conquista
de oídas el portugués,
y el castellano de vista.
Las hijas del Duque son
dignas de que su alabanza
celebre nuestra nación:
Magdalena, á quien Berganza
y el rey mismo con razón
pienso que intenta enlazar
al conde de Vasconcelos,
te aseguro puede dar
otra vez á Clície celos
si el sol la sale á mirar.
Por lo que hace á Serafina,
—hermana suya,—es divina
su hermosura!

ANTONIO

Y de las dos,
á cuál juzgáis, primo, vos
por más bella?

FIGUER.

Más me inclina
mi afición á la mayor.

ANTONIO

Magdalena?

FIGUER.

Sí: y refuta
aquesto el vulgo hablador,
mas en gustos no hay disputa.
Y á más en cosas de amor.
En dos bandos se divide
Avero, y por cualquier parte
hay bien que alegar.

ANTONIO

Ya aquí
tienen pretendientes?

FIGURE.

Si.

Mendo de Gama y don Duarte.

ANTONIO

Por cuál de ellas?

FIGUER.

Hay curioso

que dice procuran ser
cada cual de la una esposo.

cada cual de la una esposo.

ANTONIO

Más eso me inclina á ver
hoy á entrambas, que es forzoso
irme luégo.

hoy á entrambas, que es forzoso

irme luégo.

FIGUER.

Yo os pondré

donde su hermosura os dé
(podrá ser) más de una pena.

(podrá ser) más de una pena.

ANTONIO

Serafina ó Magdalena?

FIGUER.

Bellas son las dos; no sé.

(Se oye dentro música de marcha.)

Pero el Duque sale aquí

con ellas; ponte á esta parte.

(Le lleva á la puerta primera, izquierda del actor, y ambos quedan allí escuchando detrás de la cortina, que los oculta de la vista de los interlocutores, pero no de la del público.)

ESCENA XV

DICHOS, el DUQUE, el CONDE, MAGDALENA y SERAFINA: DAMAS, CABALLEROS y PAJES. Las dos infantas salen y ceremoniosamente se sientan cada cual de ellas en un canapé. Cuatro damas les acompañan, que quedarán de pie al respaldo.

DUQUE

Vuestra embajada, don Duarte, (En voz baja.)
quede terminada así.

quede terminada así.

CONDE

Pues el rey nuestro señor
favorece la privanza
del hijo del de Berganza,
y á vuestra hija mayor
os pide para su esposa,
escriba vuestra excelencia
que con su gusto y licencia
doña Serafina hermosa
daráme su mano.

favorece la privanza

del hijo del ñe Berganza,

y á vuestra hija mayor

os pide para su esposa,

escriba vuestra excelencia

que con su gusto y licencia

doña Serafina hermosa

dará-me su mano.

DUQUE

Bien.

CONDE

Pienso que su majestad
me mira con voluntad

me mira con voluntad

- DUQUE y que lo tendrá por bien.
Yo y todo lo escribiré.
Mas calladlo á Serafina
hasta ver si determina
el rey que la mano os dé:
que es trivial y descuidada
(aunque portuguesa); vive
de que tan pronto captive
su libertad la lazada
eterna del matrimonio.
- CONDE Andáis en todo advertido.
(Siguen hablando aparte.)
- FIGUER. Y bien. Qué os han parecido
las hermanas, don Antonio?
- ANTONIO No sé el alma á cuál se inclina,
ni sé lo que hacer ordena!
Bella es doña Magdalena,
pero ah! doña Serafina
es el sol de Portugal!
Por la vista el alma bebe
llamas de amor entre nieve,
por el vaso de cristal
de su divina blancura.
- FIGUER. Retirémonos, que importa
no nos vean. (Se retiran los dos al interior.)
- DUQUE Aunque corta,
esta tregua os la asegura.
- CONDE Podré agora hablarla?
- DUQUE Sí.
(El Conde se aproxima á Serafina y saluda con ceremonia
y galantería. El Duque habla con Magdalena y le dá un
pliego abierto.)
- CONDE Pues me dá el Duque lugar,
mi *Serafín*, quiero hablar
si hay atrevimiento en mí,
para que vuele tan alto,
que me iguale á *serafines*.
(Serafina contesta con una sonrisa y el Conde prosigue ha-
blándole en voz baja.)
- DUQUE No mis declarados fines
causen en tí sobresalto.
- MAGD. Ya he leído...

(Con disgusto, devolviendo al Duque el pliego que le ha dado.)

DUQUE

El rey le estima.

Cuán bien te está considera.

MAGD.

Mi voluntad es de cera;
vuexcelencia en ella imprima
el sello que más le cuadre,
porque en mí solo ha de haber
callar con obedecer.

DUQUE

Mil veces dichoso padre
que oye tal!

(Supone continuar hablando con Magdalena.)

CONDE

Las dichas mías,

como han subido al extremo
de su bien, que caigan temo.

SERAF.

Conde, esas filosofías
ni las entiendo, ni son
de mi gusto.

CONDE

Un *serafín*

bien puede alcanzar el fin
y el alma de una razón. —

No digáis que no entendéis,
serafín, lo que alcanzáis.

SERAF.

Jesús! qué dello me habláis! (Con hastío.)

CONDE

Si soy hombre, qué queréis?
Por palabras los intentos
quiere que expliquemos Dios:
que á ser *serafín* cual vos,
con solo los pensamientos
nos habláramos.

SERAF.

Qué, ¿amor
habla tanto?...

CONDE

No ha de hablar?

SERAF.

Pues muy poco hay que fiar
de un niño, y más hablador.

CONDE

En todo os hizo perfecta
el cielo! Gran discreción
mostráis!

SERAF.

Vuestra adulación,
conde, suple lo discreta.

(Se levanta, saluda al Conde y pasa á sentarse junto á Magdalena.)

MAGD. Qué suceso extraordinario
 por mí os suspende y asalta?
DUQUE Pueril cosa: que hoy me falta
 al servicio un secretario.
 Y aunque esta plaza pretenden
 muchos por diversos modos
 de favores, entre todos
 pocos este oficio entienden.
 Trabajo me ha de costar
 con tu boda, estar sin él!
MAGD. A ser el pasado fiel,
 era ingenio singular!
 (Murmillos en la antecámara.)

ESCENA XVI

DICHOS, MIRENO, TARSO, atados; CAZADORES, ALCALDE,
DENIO, PASTORES y FIGUEREDO, por el foro.

TARSO ¿No habrá aquí una sentadera?
ALCALDE (Desde la antecámara.)
 Ande aprisa el bellacón!
TARSO No empujen!... Voto á Samsón!
 que yo he de andar como quiera.
DUQUE Qué ruido?...
FIGUER. En silencio entrad,
 que aquí está el Duque.
CAZ. 1.º (Al Alcalde, que se detiene miedoso.)
 Ea! Habladle,
 puesto que sois el Alcalde.
ALCALDE (Hace un esfuerzo de atrevimiento y se turba al acercarse
 al Duque.)
 No que no!...
DUQUE Quién sois? Hablad.
ALCALDE Pues... cata tú que sopimos...
 yo, el herrero y su mujer,
 (Señalando al grupo de pastores.)
 que mandábades prender
 estos bellacos, y fuimos
 Bras Llorente y Gil Bragado...
 el rucio de la Bernarda,

éste, que prestó su albarda... (Por Denio.)
y después de haber tocado
del conejo los cencerros
y que éstos nos dieron señas
(Señalando á los Cazadores y á Mireno.)
de estotros, á escalar breñas
nos dimos, por esos cerros
empinados á subir...

DUQUE
ALCALDE

Pero qué?...

Ná... En conclusión:
que estos los ladrones son
que por solo te servir
prendimos yo y Gil Mingollo.
Haga lo que el pueblo pide
tu duquencia, y no se olvide
que al pueblo le falta un rollo.

DUQUE

(Sonriendo al Conde.) ¿Hay mayor simplicidad?
Ni he entendido á lo que vienen,
ni por qué delito tienen
así estos hombres: soltad
los presos: (Los desatan.)

(A Mireno.) y decid vos,
qué culpa habéis cometido
para que os hayan traído
de aquesa suerte á los dos.

MIRENO

Si lo es el favorecer,
gran señor, á un desdichado,
perseguido y acosado
de tus gentes y poder,
y juzgas que es temerario
haber trocado el vestido
por libralle, yo lo he sido.

DUQUE

Tú libraste al secretario?

MIRENO

No sé á quién.

DUQUE

Sí: que ese traje
era el suyo: di, traidor!
Por qué le diste favor?

MIRENO

Vuexcelencia no me ultraje,
ni ese título me dé,
que no estoy acostumbrado
á verme así despreciado.

DUQUE

Quién eres?

- MIRENO (Con íntimo convencimiento é irguiendo su figura.)
No soy: seré!
Que sólo por pretender
ser más de lo que hay en mí,
menosprecié lo que fui
por lo que luégo he de ser.
- MAGD. (Al Duque, contemplando con marcado interés á Mireno.)
Noble orgullo!
- DUQUE (Ap. á Serafina, contemplando á Mireno con vivo interés.)
DUQUE (Extraña audacia
de hombre.)
- MAGD. (El poco temor
que muestra dice el valor
que encubre!)
- SERAF. (De su desgracia
me pesa.)
- DUQUE Dí, ¿conocías
al traidor que ayuda diste?
- MIRENO No!
- DUQUE Pues que por él te pusiste
en tal riesgo, bien sabrías
quién fuese?...
- MIRENO Supe que quiso
dar muerte á quien deshonró
su hermana, y que éste por no
quererla satisfacer
cobarde te dió su aviso.
Yo al que mandaste prender
quise librar, admirado
de ver que el que está agraviado
persigas, debiendo ser
favorecido de tí,
por ayudar al que ha puesto
mancha en su honor.
- CONDE (Qué es aquesto?
Que está declarada así
la injuria que hice á Leonela?)
- DUQUE ¿Os dijo quién la injurió?
- MIRENO Supiéralo, señor, yo,
que á sabello... (Con amenaza.)
- DUQUE Fué cautela
del traidor para engañarte;

- y pues sabes dónde está,
fuerza es lo declares ya
si es que pretendes librarte
de prisión.
- MIRENO (Indignado.) Bueno sería,
cuando á donde está supiera,
que un hombre como *Yo* hiciera
por *temor* tal villanía!
- DUQUE Villanía es descubrir
un traidor? llevadle preso. (Enojado.)
- MAGD. y SERAF. Padre!
- (Figueredo y los Cazadores atan á los dos.)
- DUQUE (Al Conde.) Si no perdió el seso,
y menosprecia el vivir,
él dirá dónde se esconde.
- MAGD. (Á Serafina.) Yo deseo de libralle.
- SERAF. Bien lo merece su talle!
- DUQUE Intento vengaros, Conde.
- TARSO Buena la mudanza ha estado
y tu cambio en don Dionis!
- DUQUE Viviréis si lo decís...
- MIRENO No diré. Ya ha comenzado
mi fortuna. Animo ten.
- TARSO Tú estás loco?
- MIRENO Es natural,
cuando comienza por mal,
venir á acabar en bien.
- TARSO De la fortuna me quejo,
pues nos lleva á una prisión.
(Á una seña del Duque, Figueredo y Cazadores se llevan á
Mireno y Tarso.)
- DUQUE Meted una petición
vosotros en mi Consejo
de lo que queréis, que allí
se os pagará este servicio.
- ALCALDE Meted en él vuestro juicio
y providenciad ansi:
Por el servicio prestado
hágase un rollo al lugar
de modo á poderse ahorcar
en él cualquier hombre honrado. (Vánse.)
- DUQUE Qué aguardáis? Llevadle ya!

(Figueredo y los Cazadores se llevan á Mireno y Tarso.)

Vos, Conde, venid, pues quiero
responder al rey; de Avero
hoy un correo saldrá.

(Vánse y los signén su corte.)

MAGD.

Mucho, doña Serafina,
pésame que lleven preso
á aquel hombre.

SERAF.

Yo confieso
que á rogar por él me inclina
su buen talle.

MAGD.

Eso desea
tu afición? Ya es bueno el talle?

SERAF.

Mucho, sí.

MAGD.

No has de libralle,
que he de oponerme.

SERAF.

No sea. (Vánse.)

ESCENA XVII

FIGUEREDO y D. ANTONIO

FIGUER.

Os habéis de ir esta tarde?

ANTONIO

Ay, primo! Cómo podré
irme si de amor cegué?
Mi ausencia temo cobarde.

FIGUER.

Tal decís?...

ANTONIO

Tanto me gana
del alma la voluntad...
Oh! Por gozar su beldad
no he de irme hasta mañana.

FIGUER.

Ya os lo advertí...

ANTONIO

Ah! es peregrina.

FIGUER.

Gran milagro amor ha hecho.

ANTONIO

Eterna será en mi pecho
la imagen de Serafina.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón con antecámara en el fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

Aparece el DUQUE sentado á la mesa y leyendo un pliego.

DUQUE Gran confusión me previene
 el papel que atento miro,
 que ¡por Dios! dudo y me admiro
 del aviso que contiene.
 A no otorgalle me inclina
 (como ya es pública voz)
 al buen Conde de Extremoz
 la mano de Serafina;
 pues diz que no la merece
 quien como él, tiene villano
 á otra obligada su mano.
 ¿Cumplirá lo que me ofrece
 probar, el que aquí revela
 aqueste hecho sin nombrarse
 de más modo, que llamarse
 «Un hermano de Leonela?»
 Dice á más, que si el perdón
 le otorgo de ofensa grave,
 vendrá á decir cuanto sabe,
 en pública confesión.

Inquirir del Conde quiero,
con astucia y sutileza,
si es que olvidó su nobleza
leyes del buen caballero. (Sale Magdalena.)
Padre y señor...

MAGD.

DUQUE

Ah! tú aquí.

Qué quieres?

MAGD.

DUQUE

MAGD.

Hablarte quiero.

Di, pues.

Una gracia espero,
padre, hoy, alcanzar de tí,
y agradece la ocasión,
pues es bueno que te diga
que á pedírtela me obliga
de un triste la situación.

DUQUE

Habla, y sepa, Magdalena,
en qué puedo complacerte.

MAGD.

De un preso la amarga suerte
cáusame terrible pena.

DUQUE

MAGD.

De quién hablas?

De aquel hombre

que facilitó la huída
de Rui-Lorenzo y la vida.

DUQUE

Ignoro su patria y nombre,
mas no así su desafuero
conmigo.

MAGD.

De él pretendias
bajase hasta villanías
impropias de un caballero.

DUQUE

MAGD.

Bah! ¿Eslo acaso?

Haz que él se vaya

á do su antojo desea,
y el Conde agraviado, sea
quien su altivez ponga á raya.

DUQUE

Diga dó está el delincuente
y en libertad le pondré.

MAGD.

Eso no lo hará, porque
fuera obrar villanamente.
¿Por qué le ha de castigar
tu rigor? ¿No consideras
que él hace lo que tú hicieras
hallándote en su lugar?

DUQUE

Yo...

MAGD.

Advierte es mala ocasión
la que en mi boda conciertas,
de abrir al rencor las puertas
en vez de á la compasión.

Más fama no te dará
ser compasivo?... Responde.

DUQUE

Este asunto toca al Conde...

MAGD.

El Conde perdonará.

Bastará yo se lo ruegue
para que acceda cortés;
que á un justo y noble interés
no es posible que se niegue.

Y por tu parte, señor,
que le dejes libre espero,
y al padre y al caballero
les deberé igual favor.

De su pesada cadena
libre al preso ansío ver,
ó el llanto verás correr
de mis ojos...

DUQUE

Magdalena!...

Consentir habré en tu gusto.

No quiero de mí se diga
que tu ejemplo no me obliga
á ser dócil en lo justo.

MAGD.

Tu generosa bondad (Le besa las manos.)
vuelve á mi pecho la calma.

DUQUE

Y al mío...

MAGD.

Grato es al alma,
padre, ejercer la piedad! (Váse el Duque.)

ESCENA II

MAGDALENA

¿Qué agitaciones son estas,
altanero pensamiento?

¿Qué torres sin fundamento
tenéis en el aire puestas?

¿Cómo andáis tan descompuestas,
imaginaciones locas?

Siendo las causas tan pocas,
queréis exponer mis menguas
hoy al juicio de las lenguas
y al murmurar de las bocas?
Ayer guardaban los cielos
el mar de vuestra esperanza
con la tranquila bonanza
que agora inquietan desvelos.
Al conde de Vasconcelos
ó á mi padre di en su nombre
el sí... Mas porque me asombre,
sin que mi honor lo resista,
se entró al alma á escala vista
por la misma vista un hombre.
Oh! Cubriérame este exceso
las mejillas de rubor,
á no saber que el amor
es niño, ciego y sin seso!
A un hombre extranjero y preso,
á mi pesar, corazón,
habéis de dar posesión?
Amar al Conde no es justo?
Pero ¡ah! que atropella el gusto
las leyes de la razón!

(Reflexiona y se tranquiliza.)

Mas pues á mi ruego está
libre ese hombre, he de creer
que al capricho de mujer
dique la dama pondrá:
forastero es; si se va,
con pequeña resistencia
podrá sanar la paciencia
el mal de mis desconciertos,
pues son médicos expertos
de amor, el tiempo y la ausencia.
Mas ¡ay! con qué rigor trazo
el remedio de mi vida!
Si puede sanar la herida,
¿no es crueldad cortar el brazo?

(Pausa, después de la cual se resuelve placentera.)

Démosle á amor algún plazo,
pues su vista me provoca,

que aunque es la enfermedad loca,
ninguno al enfermo quita
el agua, que no permita
siquiera enjuagar la boca. (Sentándose.)
Sí: aquí le quiero aguardar,
que él vendrá á verme... Ah! teneos,
desenfrenados deseos,
si no os queréis despenar.

(Se levanta enérgica.)

Así vais á publicar
mi ludibrio? La vergüenza
mi loco apetito venza;
que si es locura admitirlo
dentro del alma, el decirlo
por mi labio es desvergüenza!
Vóime...

(Se dirige hacia la puerta izquierda, y al llegar al dintel
se detiene oyendo á Figueredo.)

ESCENA III

MAGDALENA, FIGUEREDO.

FIGUER.

Señora?

MAGD.

Qué es esto?

FIGUER.

El que preso estuvo agora,
y tu intercesión, señora,
en libertad ya le ha puesto,
pretende hablarte.

MAGD.

(Oh! Cuán presto

valerse el amor procura
de la ocasión y ventura
que ha de logralle su *efeto!*
Mas hace como discreto,
que amor todo es coyuntura.)
Sabes tú lo que pretende?

FIGUER.

Mostrarse á tí agradecido
por el favor recibido.

MAGD.

(Oh! Áspides en rosas vende!)

FIGUER.

Ha de entrar?...

MAGD.

(Si preso, prende,
si maltratado, maltrata...

si atadas las manos ata
las de mi gusto resuelto...
¿qué ha de hacer presente y snolto
quien ausente y preso mata?)
Dile que vuelva más tarde...
que agora ocupada estoy.

FIGUER.

Aqueso á decirle voy.

MAGD.

No; espera. Dile que... águarde...

(Mal me resisto, cobarde!)

FIGUER.

Háse de volver?... (Pausa.)

MAGD.

No digo

que sí? Vé...

FIGUER.

Tu gusto sigo.

(Hace reverencia y se dirige hacia el foro.)

MAGD.

Ah! Oye... (Ap.) Quizá me moteje
de cruel...)

FIGUER.

Diré?...

MAGD.

(Con acritud.) Que me deje...

(Ap.) (Y ¡ay! que me lleve consigo!)

FIGUER.

Entrará en fin?...

MAGD.

Sí, entre pues.

(Resueltamente. Se va Figueredo.)

ESCENA IV

MAGDALENA

Que yo atenta á mi interés,
cuando él esté en mi presencia,
sabrás hacerle resistencia
en mí el honor portugués.
El desear y ver es
en la honrada y la no tal,
apetito natural;
y si diferencia se halla,
es en que la honrada calla
y la otra dice su mal.
Callaré, pues que presumo
cubrir mi desasosiego!...
¿Mas podrá encubrirse el fuego
sin manifestalle el humo?
Bien podrá si yo consumo

el tiempo en palabras vanas.
(Va á sentarse y se detiene en ello.)
Pero ¡ah! las llamas tiranas
del amor es cosa cierta
que en cerrádoles la puerta,
se salen por las ventanas!
Si yo les cierro la boca,
¿por los ojos no saldrán?
No; no las conocerán
si callo mi lengua loca; (Tranquilizándose.)
que si ella á amor no provoca,
quien aguarda sus despojos
duda si es que le da enojos
ó muestras de amor pequeñas,
que, en fin, dan confusas señas
cuando hablan solos los ojos.

ESCENA V

MAGDALENA, MIRENO.

MIRENO Aunque es mucho atrevimiento
el venir á la presencia,
señora, de vuecelencia,
mi poco merecimiento,
ser agradecido trato
al recibido favor,
porque el pecado mayor
es el que hace á un hombre ingrato.
Por haber favorecido
de un desdichado la vida,
—que en noble es deuda debida—
me ví preso y perseguido;
pero en la misma moneda
me pagó el cielo sin duda,
pues libre con vuestra ayuda,
mi vida, señora, queda.
Libre dije? Mal he hablado;
que el noble cuando recibe
un favor, cautivo vive
mientras no le ve pagado.
Y... ojalá mi vida fuera

eterna; esclavo quedara
de vos, y parte pagara
de esta merced: que yo hiciera
por servir vuestro interés...
pero ¡ah! mi humildá envilece
la ofrenda... y sólo os ofrece
corta una vida á esos pies. (Se arroja.)
A pagar con ella vengo
la mucha deuda en que estoy,
y bien os pago, si os doy,
gran señora, cuanto tengo!
Levantaos del suelo.

MAGD.

MIRENO

Así

estoy, gran señora, bien.

MAGD.

Haced lo que os digo. (Ah! quién
me libertará de mí?) (Se levanta Mireno.)
Sois portugués?

MIRENO

Imagino

que sí.

MAGD.

Que lo imagináis?

Desa suerte incierto estáis
de quién sois?

MIRENO

Mi padre vino

al lugar en donde habita,
y es de alguna hacienda dueño,
trayéndome muy pequeño:
mas su acento le acredita
de nacido en Portugal
como á mí.

MAGD.

Sois noble?

MIRENO

Creo

que sí, según lo que veo
en mi honrado natural,
que muestra más que hay en mí.
Y darán las obras vuestras,
si fuere menester, vuestras
de noble?

MIRENO

Creo que sí.

Nunca de hacellas dejé.

MAGD.

Creo respondéis al punto.

(Con sonrisa de burla.)

Creéis acaso que os pregunto

- artículos de la fe?
MIRENO Por la que debe guardar
á la merced recibida
de vucelencia, mi vida,
bien los puede preguntar,
que mi fe su gusto es.
MAGD. Qué agradecido venís! (Pausa.)
Cómo os llamáis?
MIRENO Don Dionís.
MAGD. Ya os tengo por portugués
y por hombre principal;
que en este reino no hay hombre
humilde de vuestro nombre,
porque es apellido real;
y solo el imaginaros
por noble y honrado ha sido
causa que haya intercedido
con mi padre á libertaros.
MIRENO Deudor os soy de la vida.
MAGD. Pues bien, ya que libre estáis,
qué es lo que determináis
hacer de vuestra partida?
Dónde pensáis ir?
MIRENO Intento
ir, señora, donde pueda
alcanzar fama que exceda
á mi altivo pensamiento;
sólo aquesto me destierra
de mi patria.
MAGD. En qué lugar
pensáis que podréis hallar
esa ventura?
MIRENO En la guerra;
que el esfuerzo hace capaz
de alzarme al bien que procuro.
MAGD. Y no será más seguro (Insidiosa.)
que le adquiráis en la paz?
MIRENO De qué modo? (Con ingenuidad.)
MAGD. Bien podéis
granjealle, si dáis traza,
que mi padre os dé la plaza
de secretario, pues véis

- que está vaca agora, á falta
de quien la pueda suplir.
- MIRENO. No nació para servir
mi inclinación, que es más alta.
(Rehusando con dignidad.)
- MAGD. Pues cuando volar presume,
plumas no le han de ayudar?
- MIRENO. Cómo he de poder volar
con solamente una pluma?
- MAGD. Con las alas del favor;
que el vuelo de una *Privanza*
mil imposibles alcanza.
- MIRENO. Del *Privar* nace el temor,
como muestra la experiencia,
y en temor vivir no es justo.
- MAGD. Don Dionís, y... si es mi gusto?
- MIRENO. (Con marcada intención de cariño.)
Gusto es de vuestra Excelencia
que sirva al Duque? Pues alto!
Cúmplase, señora, así,
que ya de un vuelo subí
al primer móvil más alto;
pues si en esto gusto os doy,
ya no hay subir más arriba;
como el Duque me reciba,
secretario suyo soy.
- MAGD. Pláceme.
- MIRENO. Vos lo ordenad.
- MAGD. Deseo vuestro provecho
y así lo que veis he hecho;
que ya que os di libertad
pesárame que en la guerra
la malográrais. Yo haré
como esta plaza se os dé
por que estéis en nuestra tierra.
- MIRENO. Mil años el cielo os guarde!...
- (Se arrodilla alargando la mano como pidiendo besar la de Magdalena. Esta titubea en dársela; se la tiende por fin, pero la retira antes que la tome Mireno y se va rápidamente.)
- MAGD. Yo os lo estimo... (Ap.) (Honor... á huir
antes que empiece á salir
por la boca amor cobarde!) (Vase.)

ESCENA VI

MIRENO

Pensamiento... ¿en qué entendéis?...

(Se levanta confuso.)

Vos que á las nubes subís,
decidme, qué colegís
de lo que aquí visto habéis?

Declaraos. Bien podéis.

Decidme: tanto favor
nace de solo el valor
que á quien os honra ennoblece?...

ó erraré si me parece

que ha entrado á la parte amor?

Ah! qué digo? Gran dislate!

Temerario atrevimiento

es el vuestro, pensamiento;

ni se imagine, ni trate.

Vanidad, tu vuelo abate,

que es tu vuelo imaginario! (Pausa.)

Mas por qué soy temerario

si á imaginar me concreto

que ella me ama, en lo secreto

que me hace su secretario?

¿No estoy puesto en libertad

por ella?... Sí. ¿Sin enojos

por el balcón de sus ojos

no he visto su voluntad?

Oh! Amor me tiene!... Callad,

lengua loca, que es error

imaginar que el favor

que de su nobleza nace

y generosa me hace

está fundado en amor.

Mas su deseo en saber

mi nombre, patria y nobleza,

no es ya de amor sutileza?

Mucho... sí!... ¿No puede ser

curiosidad de mujer?...

Sí; pero el alma me advierte

que pudo ser de otra suerte...
forzándola, amor injusto;
mas decirme: «¿Y si es mi gusto?»
Este argumento no es fuerte?
Mucho; mas ¡ah! mi bajeza
no se puede persuadir
que vuele y llegue á subir
al cielo de tal belleza!
Pero ¿cuándo hubo flaqueza
en mi pecho? Esperar quiero,
que siempre el tiempo ligero
acaba por enseñar
que es imposible ocultar
amor, nobleza y dinero.
(Asoma Tarso por el foro.)

ESCENA VII

DICHO, TARSO

TARSO

Oh! Allí está: con cortesía
de la cárcel me ha sacado
el sayón; y he preguntado
á quién tal favor debía,
mas calló...

MIRENO

A la hija del Duque.

TARSO

Dios le pague la intención.
Mas libres de la prisión,
vámonos, no nos bazuque
nuevo estrago...

MIRENO

Irme de Avero?

No, Tarso.

TARSO

No? Bueno estás!

Qué aguardas?

MIRENO

No sé.

TARSO

Dirás

que quieres ser caballero?
Pues poco faltó, ¡pardiobre!...
para ser en Portugal
caballeros á lo asnal
recibiendo algo... y no cobre.
Peregrino natural!

MIRENO

¿que nunca has de hablar de veras?

Oye aparte... (Le habla al oído.)

TARSO

Temerario!

(Después de oír lo que supone haberle dicho Mireno, suelta una carcajada.)

Estás loco?

MIRENO

Sí lo estoy,

de alegría, pues ya soy
del gran Duque secretario.

TARSO

(Ap.) (Jesús! que ha perdido el seso!
seguirle quiero en su humor.)

¿Quién te encumbró á tal favor?

MIRENO

La hija del Duque...

TARSO

Confieso

que me alegra estés en zancos.

¿Conque ella?... (Burlándose.)

MIRENO

(Con énfasis.) Aún no digo todo
lo que espero en mi acomodo.

TARSO

Si encuentras los amos francos
y algún favor me has de hacer,
y mi descanso permites,
lo primero que me quites
estas bragas ha de ser.

MIRENO

Hoy dejarás ya esa prenda,
y aun yo, pues mudé de estado,
un vestido preparado

pienso mercar en la tienda
que á mi cargo bien se ajuste.

TARSO

Qué, tienes dineros?

MIRENO

Sí,

lo que basta. (Se marcha.)

TARSO

Para mí

mércame un sayo de fuste.

¡Oh! Epidemia es su manía;

¡vive años! pues por el cuento

que diz que «un loco hace ciento.»

creo en su *secretaría*. (Vase foro.)

ESCENA VIII

ANTONIO, FIGUEREDO

- ANTONIO Primo, á quedarme aquí mi amor me obliga,
enoje al rey ó no; que mi rey llamo
sólo mi gusto, que el pesar mitiga
que me ha de consumir si ausente hoy amo.
- FIGUER. De la incauta avecilla eres remedo
que á vueltas de su gusto da en la liga.
- ANTONIO Curiosamente me asenté en el ramo
de la hermosura, donde preso quedo.
Volar ansio, pero más me enredo
y he de morir.
- FIGUER. El de Extremoz merece
ya á Serafina amor...
- ANTONIO Hélo entenido,
y que el Duque su intento favorece.
- FIGUER. Hacerla esposa suya ha prometido...
(Pausa y reflexión.)
- ANTONIO Quien no *parece* dicen que *perece*;
si no parezco, pues, y ya ni olvido
ni ausencia han de poder darme reposo,
¿qué he de esperar ausente y receloso?
Si mi adorado serafín supiera
quién soy en fin, y amante me otorgara
un plazo á merecer, con que yo hiciera
mi dicha cierta y mi esperanza clara,
quizá alegre y seguro me partiera
y de su fé mi vida confiara.
Pero ¿cómo podré si ora me ausento
sin hablarla, curar de mi tormento?
- FIGUER. Mal remedio. No fía el que es prudente,
de sol de Enero y de mujer ausente.
- ANTONIO Llegue á su oído mi pasión que ignora.
Tú con el Duque privas, pues yo infiero
que es el mayor privado el camarero,
y hacer podrás que yo hable á la señora
que lo es de mi albedrío, sin demora...
No me aconsejes el salir de Avero.
- FIGUER. Don Antonio, bien sabes lo que estimo

tu gusto y voluntad: si nuestro empeño
en que hoy te vayas y tu amor reprimo,
es por ser este pueblo tan pequeño,
que has de dar nota en él...

ANTONIO

Ya yo procuro
cómo, sin que la dé, viva seguro. [escrito;
Nunca me ha visto el Duque, aunque me ha
yo sé que busca un secretario esperto...

FIGUER.

¡Sí; que al pasado desterró un delito;
mas tu intención que es arriesgada advierto.

ANTONIO

No te parece si en palacio habito
con este cargo, que podré encubierto
entablar mi esperanza como acuda
el tiempo, la ocasión y á más tu ayuda?

FIGUER.

El medio es atrevido...

ANTONIO

Pero urgente;
para llevarlo á cabo previamente
ya en este memorial al Duque pido
me dé la plaza.

FIGUER.

Diligente has sido!

ANTONIO

Tú se lo has de entregar, y con la urgencia
que exige mi cuidado...

FIGUER.

(Mirando adentro.) Á dar Audiencia
va á pasar por aquí; si tú...

ANTONIO

En su mano,
por si la dicha que apetezco gano,
ahora se le entregas; yo allí espero
á escuchar cómo obligas al de Avero.

(Se retira á la antecámara. Sale el Duque precedido de
acompañamiento.)

ESCENA IX

DUQUE, FIGUEREDO, ANTONIO oculto.

FIGUER.

Señor, si tu bondad me lo permite,
me atreveré á deciros que está vaca
del que fué secretario la incumbencia,
y que uno que es mi deudo hoy la pretende
servir con lealtad si se la otorgas.

DUQUE

Ya sabes que requiere aquese oficio

FIGUER. persona en quien concurren juntamente
calidad, discreción, dictado y pluma.
Noble nació, señor; desotras partes
le puedo asegurar á Vuecelencia
que no hay en Portugal quien conforme á ellas
mejor pueda ocupar aquesa plaza.
La letra, el memorial que á Vuecelencia
le entrego aquí, podrá satisfacelle...

(Le entrega el papel y el Duque le lee.)

DUQUE Buena es!... Pues tú le abonas, quiero velle.

FIGUER. Agora puede ser... Pasá adelante,
que el Duque mi señor pretende veros.

(Llega á la antecámara y hace que se adelante don Antonio.)

ANTONIO Déme los pies Vuestra excelencia...

DUQUE Alzaos.

De dónde sois?

ANTONIO Señor, nací en Lisboa.

DUQUE A quién habéis servido?

ANTONIO Héme criado

con don Antonio de Barcelos, conde
de Panela, y os traigo cartas suyas

(Dándole algunas, que el Duque lee ligeramente.)
en que mis pretensiones favorece.

DUQUE Quiero yo mucho al conde don Antonio,
aunque nunca le he visto. ¿Por qué causa
no me las habéis dado?

ANTONIO No acostumbro
pretender por favores lo que puedo
por mi persona, y quise que me viese
primero Vuecelencia.

(Saluda y se retira un poco.)

DUQUE Figueredo?

Su talle y buen estilo me ha agradado!

Mi secretario sois; cumplan las obras

(Á Antonio, que hace reverencia.)

lo mucho que promete su presencia.

ANTONIO Remítome, señor, á la experiencia.

DUQUE Prevenid, Figueredo, á mis dos hijas
que verlas quiero.

FIGUER. En el jardín agora
se espaciaban las dos, aunque yo entiendo

que lo sea Vasconcelos.
A su padre el de Berganza
pues que te escribió responde...

MAGD.

(Ay de mí!) (Ap.)

DUQUE

También al Conde,

y no vea yo mudanza
en tu rostro ni pesar,
si de mi vejez los días
con esas melancolías
no pretendes acortar.

MAGD.

Yo, señor, procuraré
no tenerlas por no darte
pena; si es un triste parte
en sí de que no lo esté.

DUQUE

Si te diviertes, bien puedes.

MAGD.

Yo procuraré servirte.

DUQUE

Bien! y adiós...

MAGD.

No; he de pedirte

entre las muchas mercedes
que me has hecho, una pequeña.

DUQUE

Con condición que se olvide
aquesta tristeza, pide...

MAGD.

(Honra, el amor os despeña!)

(Después de haber estado un momento pensativa.)

El preso que te pedí
librases, y ya lo ha sido,
de todo punto ha querido
favorecerse de mí.

Con solo ésto, gran señor,
parece que me ha obligado;
y así, á mi cargo he tomado
su aumento con tu favor...

DUQUE

Oh! Es hombre de buena traza...

MAGD.

Diestro le creo en la pluma...

y si tú...

DUQUE

Qué quiere en suma?

MAGD.

Quisiera entrar en la plaza
de secretario.

DUQUE

(Con sentimiento.) Bien poco
há que dársela pudiera;
mas no há un momento siquiera
que está ocupada.

MAGD. (Con ira y sentimiento.) (Amor loco,
muy bien despachado estáis!
Bien se os está por cobarde.
Para qué, si llegáis tarde,
son las alas que lleváis?
Si será él quien lo ha logrado?)
Y ese que habéis recibido?...

DUQUE Desde Lisboa ha venido
con ese intento á mi Estado.

MAGD. (Ah! No es él!)

DUQUE Según le ví,
muestra ingenio y suficiencia.

MAGD. Del que yo hablo á Uexcelencia—
—ya que mi palabra di,—
y él está con la esperanza
que le he de favorecer;
pues me mandas responder
al Conde y al de Berganza,—
como hoy escribo tan mal,
quisiera que se quedara
en palacio y me enseñara...
Pues tú?...

DUQUE

MAGD.

En mujer principal
falta es grande no saber
escribir cuando recibe
alguna carta, ó si escribe
que no se pueda leer.
Dándome algunas lecciones
más clara mi letra haré.

DUQUE

No hay duda: lección te dé
con que enmiendes tus borrones;
que á más con ese ejercicio
la pena divertirás,
que hoy la tienes, porque estás
ociosa y el ocio es vicio. (Sonriendo cariñoso.)

MAGD.

Las manos, quiero besarte.
Gracias...

DUQUE

Quédese desde hoy
por tu secretario; y voy
ahora á ver á don Duarte
que un pliego espera de parte
del rey.

MAGD. Ay, señor, te ruego,
pues para aquel que la aguarda
siempre la fortuna es tarda,
que mandes avisar luego
al preceptor que me entrego.
DUQUE Mandarélo, está segura. (Vase.)

ESCENA XI

MAGDALENA

Con razón se llama amor
enfermedad y locura,
pues siempre el que ama procura
como enfermo lo peor.
Ya tenéis en casa, *honor*,
quien la batalla os ofrece,
y poco hará me parece
cuando del alma os despoje,
que quien el peligro escoge
no es mucho que en él tropiece.
Los encendidos carbones
tragó Porcia y murió luego...
¿Qué haré yo, tragando el fuego
por callar de mis pasiones?
Diréle, no por razones,
sino por señas visibles,
los tormentos increíbles
que padezco por no hablar,
porque ¡oh! mujer y callar
son cosas incompatibles.

ESCENA XII

MAGDALENA, MIRENO.

MIRENO Rendido á esos pies me postro...
MAGD. Alzáos.
MIRENO Me llamabais?
MAGD. Sí.
(Qué es lo que siento, ay de mí!...
que tengo abrasado el rostro!)

- Mi maestro habéis de ser desde hoy.
- MIRENO (Gozoso.) Qué ha visto en mí vuestra excelencia, que así me procura engrandecer? Dará lición al maestro el discípulo desde hoy.
- MAGD. (Ap.) (Paso! Que señales doy del ciego amor que le muestro!)
- MIRENO (Qué hay que dudar ya, esperanza!... Esto no es tenerme amor? Dígalo tanto favor...)
- MAGD. (Ap.) (Amengüémosle privanza.)
- MIRENO (Vergüenza, por qué impedis la ocasión que el cielo os da? Voy á declararme ya...)
- Sabad...
- (Se decide á hablar y se acerca á ella; Magdalena le ataja con frialdad y le habla ruborosa.)
- MAGD. Tengo, don Dionís,
- tanto amor...
- MIRENO (Ya se declara.)
- ¿Y amáis?... Sí... en puros anhelos...
- MAGD. (Ap.) (Ah!)
- MIRENO (Con explosión de alegría y acercándose más.)
- MAGD. Al conde de Vasconcelos...
- MIRENO (Ap.) (Oh!)
- (Mireno queda como herido del rayo.)
- MAGD. Antes que él venga, gustara, no solo hacer buena letra, sino saberle escribir, y con palabras decir lo que al corazón penetra. Que el poco uso que en amar tengo, pide que me adiestre vuestra experiencia, y me muestre cómo podré declarar lo que tanto al alma importa y el amor mismo me encarga: que soy en sentirle, *larga*, y en significarlo, *corta*.

En todo os tengo por diestro:
y así me habéis de enseñar
á escribir y á declarar
al Conde mi amor, maestro.
(Pésia mi altivez!)

MIRENO

MAGD.

¡Un poco
aguardad, que yo el dictado
pondré, para que enmendado
quede por vos.

(Escribe, y con intervalos mira á hurtadillas á Mireno.)

MIRENO

MAGD.

MIRENO

(Yo estoy loco!)

(A tiempo enmendé mi error.)

(Pensamiento lisonjero,

mira y ve: ya eres tercero

del Conde! ¿Veis, loco amor,

cuán sin fundamento y fruto

torres habéis levantado

de quimeras, que ya han dado

en el suelo? Como el bruto

en esta ocasión he sido,

en que la estatua iba puesta

haciéndole el pueblo fiesta,

que loco y desvanecido

creyó que la reverencia,

no á la imagen que traía

sino á él solo se le hacía;

y con brutal impaciencia

arrojalla de sí quiso,

hasta que se apaciguó

con el castigo y cayó

confuso en su necio aviso.

Así al favor corresponde

con que me ha desvanecido?

Basta; que yo el bruto he sido

y la estatua es solo el Conde.

Bien puedo desengañarme,

que no es la fiesta por mí.)

MAGD.

(Fuerza es deslumbrarle así, (Se levanta.)

que fué mucho declararme.)

Hoy mismo, maestro, haréis

en este la corrección

para el Conde...

MIRENO (Ap.) Ah!
MAGD. Qué tenéis?
MIRENO Yo? Nada. (Ap.) (Oh! humillación
la mía!) (Magdalena le observa.)
MAGD. (Ap.) Pobre! Un favor
me manda amor que le dé.)
(Comienza á irse y finge tropezar en la alfombra, cayendo
de rodillas: Mireno permanece inmóvil y respetuosamente
apartado.)
Ah! Válme Dios! Tropecé!...
(Que siempre tropieza Amor...)
—El chapín se me torció...
¿No acudís?
(Alarga la mano á Mireno: éste se acerca gozoso.)
MIRENO (Ventura igual?...)
Hízose acaso algún mal,
vucencia? (Animado.)
MAGD. Creo que no.
MIRENO Que yo la mano os tomé?... (Disculpándose.)
MAGD. Sabed, que al que es cortesano
le dan, al darle la mano,
para muchas cosas pie! (Váase.)
(Mireno queda confuso y reflexivo.)

ESCENA XIII

MIRENO.

Le dan, al darle la mano,
para muchas cosas pie...
De aquí, qué colegiré?
Decid, pensamiento vano,
en aquesto pierdo ó gano?
Qué confusión!... qué recelos
son aquestos? Decid, cielos,
esto no es amor?... Mas no,
que llevo la estatua yo
del Conde de Vasconcelos!
Pues, qué enigma es darme pie
la que su mano me ha dado?
Si solo el Conde es amado,

¿qué es lo que espero? Qué sé?
Pie ó mano, decid, ¿por qué...
dais materia á mis desvelos?
Confusión, amor, recelos...
Sois amado! Ah! sí! (Con seguridad y satisfacción.)
(Con abatimiento.) Mas, no!
que llevo la estatua yo
del Conde de Vasconcelos!
El pie que me dió será
pie para darle lición,
en que escriba la pasión
que al conde su amor le da!
Ah! orgullo, humíllate ya:
bajad ya, atrevidos vuelos,
vuestra ambición, si á los cielos
mi desatino os subió,
que llevo la estatua yo
del Conde de Vasconcelos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala reducida con una puerta en el centro y otra en cada lado.

ESCENA PRIMERA

Aparecen SERAFINA y D. ANTONIO.

ANTONIO Los cielos me son testigos
 si el disgusto que te he dado
 el alma no me ha costado.

SERAF. Dejadme. (Se sienta junto á la mesa.)

ANTONIO Seamos amigos. (Suplicando.)

SERAF. Ya nunca!

ANTONIO Fieros enojos!

SERAF. Ya en oiros malgasté
 harto tiempo...

ANTONIO Apelaré
 á las niñas de esos ojos.
 Quitad el ceño, haya paz,
 que amor, niñas soberanas,
 os dirá que sois villanas
 si usáis conmigo disfraz.

SERAF. Con él llegasteis á mí.

ANTONIO Fué que quise desde el suelo
 volar como Ícaro al cielo
 y humilde llegar á tí.

SERAF. Dejadme, ó daréis lugar...

(Se levanta é intenta marcharse.)
ANTONIO Si no hay que te satisfaga,
mátame, toma esta daga... (Cómicamente.)
Mas no me querrás matar,
que aunque te enojé, yo creo
que esclava de la razón
agradeces la intención
que convirtióme en Proteo.
No fuera el tuyo, responde,
proceder extraordinario
si admitiste al secretario
agora esquivar al conde?
No está mejor, y más vale
á merecimiento y fama,
de tí, tan ilustre dama,
quien más tu nobleza ignale?

SERAF. Calla, en vano pretendes sutilmente
disculpar tu conducta irreverente.
Si á merecer mi amor te fué preciso,
mover mi compasión por tu pobreza...
indigno medio fué de tu nobleza
y de tu amor también. Darele aviso
al Duque agora de tu doble agravio,
que tal lo ha de juzgar el atreveros
á entrar en su palacio con ruin modo
para engañarme á mi y á él afrentalle.
Otros medios hallárades mejores,
más ingeniosos, de obligar al Duque
á que, por lo que sois, mi mano os diese.
Repara que esto fué...

ANTONIO

SERAF.

Tenerme en poco.
Qué liviandad pudisteis sospecharme
para atrevido hacer lo que habéis hecho?
Turbome ciego amor...

ANTONIO

SERAF.

Conde, ya basta.
Estando ya obligada á don Duarte
y cercana mi boda, vos creisteis
que en tan poco mi fama y honra tengo,
que al decir: «Serafina, yo os adoro,»
había de rendirme á vuestro gusto?

ANTONIO

SERAF.

Yo...
Imaginarme á mí, mujer tan fácil,

ANTONIO

ha sido injuria que á mi honor héis hecho.
Déjame disculpar de los errores
cometidos, que el juez más riguroso
antes de sentenciar escucha al reo.
Te ví y te amé; y al tiempo que pensaba
revelárselo al Duque, supe, ¡ay triste!
que ya mi pretensión tarde llegaba,
pues tu padre otorgada ya tenía
al conde de Estremoz tu blanca mano.
Quise de aquí alejarme, mas no pude,
prisionero en las redes de tus ojos.
A locas esperanzas entregueme,
de que un azar mi suerte trocaría,
y la trocó en *efeto*, cuando osado;
te declaré la llama en que me ardía,
y oísteis compasivo á tu criado,
permitiéndole amarte, aunque en secreto.
Y hoy que á decirte mi contento viene
las nuevas que me trajo Figueredo
de cómo don Duarte aspira en vano
al honor de llamarse esposo tuyo,
—porque otro antiguo empeño se lo veda,—
me mandas que te olvide y que me aleje?
Oh! Merece mi amor estas crueldades?
Será sin causa si de tí hoy me quejo?

SERAF.

No fuera yo quien soy, si placentera
disculpa fácil á tu dolo diese...

(D. Antonio va á interrumpir.)

Ah! acabemos ya, conde; para hablarme
de vuestra pretensión, si habéis de hacella,
decid antes al Duque lo pasado
y volved de su venia acompañado. (Vase.)

ANTONIO

Aspid que entre las rosas
de tu belleza escondes el veneno!...
Ejemplo de mujeres veleidosas...
¿Por qué de tu altivez no huyo sereno?
Plegue á amor que mis quejas amorosas
sufras un día y penes como peno!

(Va á marcharse y se detiene en el dintel al ver allí á Rui
y Lauro.)

ESCENA II

DICHO, LAURO y RUI-LORENZO

RUI-LOR. Allí hay á quien preguntemos...
á este hidalgo.

ANTONIO (A mi?)

RUI-LOR. Ea! Entrad!... (Entran.)
No nos diréis si?...

ANTONIO Apartad.

RUI-LOR. Ver al Duque pretendemos.

ANTONIO Dirigíos á un criado,
que él os podrá responder.

RUI-LOR. Perdonad; llegué á creer
—acaso mal informado,—
si el honor os corresponde
de ser secretario aquí
del Duque.

ANTONIO Si hasta hoy lo fui...
Ya soy de Penela el conde!
(Con orgullo y cubriéndose. Vase por el foro.)

ESCENA III

LAURO y RUI-LORENZO

RUI-LOR. Fiero es!

LAURO Altivo señor!

RUI-LOR. Convencido agora quedo
queste es el que Figueredo
diome aquí por sucesor.

LAURO Que aquí estuvo asalariado
todo un conde de Penela!

RUI-LOR. Esto, Lauro, te revela
que hízolo de enamorado.

LAURO No entiendo.

RUI-LOR. La mejor parte
cobro en esto, pues se inclina
su amor hacia Serafina
siendo rival de don Duarte.
Esto supe, y advertido

dejé por carta al de Avero,
que así de mi hermana espero
restaure su honor perdido.

LAURO Ah! sí: el Duque por su honor,
al saber lo que á ambos pasa,
ha de arrojar de su casa
á un infame seductor.

RUI-LOR. En eso estriba mi suerte,
y á más, que clemente en todo,
perdóneme del ruin modo
con que al de Extremoz la muerte
quise dalle...

LAURO Ah! Vos ya veis
vencido casi el empeño
que trajisteis, mas yo un sueño
persigo.

RUI-LOR. No desmayéis,
que si la edá y la prudencia
prestan en la adversidad,
Lauro discreto, paciencia,
vuestra prudencia y edad
pueden hacer la experiencia.
Dejad el llanto prolijo.
Por solo ausencia de un hijo
que convertirá ese llanto
brevemente en regocijo,
no es causa que lloréis tanto.
Su misma ausencia procura
honrar vuestra senectud
y hacer su dicha segura;
que siempre fué la virtud
principio de la ventura.
El ya la tendrá por madre
y no hay por qué el llanto os cuadre.

LAURO Mal argüís á que ceda.
Ventura él? No: el hijo hereda
las desdichas de su padre.
Yo de ellas tan castigado,
qué otra herencia le he legado
si no es la desgracia mía?
El solo muro que había
mi vejez... de mí apartado,

quizá su desdicha aumente
corriendo en pos de quimeras...
y hartas del hado inclemente
ha sufrido, aunque inocente,
desdichas terribles, fieras,
de su infancia en el albor!

RUI-LOR. De tu ingenio superior,
Lauro, de tu culto hablar,
casi llego á sospechar
que no nacistes pastor.
Quién eres?

LAURO Si lo supieras,
tú que á pasadas desgracias
desanimado te muestras,
comparadas con las mías
vieras las tuyas pequeñas.

RUI-LOR. Ese enigma me declara.

LAURO Oye si es mi suerte adversa.
No es de Lauro mi apellido
ni mi patria ésto la selva
en donde á mi hijo hallaste.
Desciendo por línea recta
de los reyes lusitanos;
Alfonso quinto, que hoy reina,
es mi sobrino.

RUI-LOR. Qué escucho?

Duque de Coimbra, deja
que sellen tus pies mis labios.
Tu muerte tuve por cierta
según de mis padres supe
relatos de tu tragedia.

LAURO Alza del suelo y escucha,
si acaso tienes paciencia,
para saber los vaivenes
de la fortuna y su rueda.
Murió el rey de Portugal,
mi hermano, en la primavera
de su juventud lozana,
mas la muerte, ¡ah! ¿qué no seca?
Dejó un hijo de seis años,
que hoy es hombre y rey, é intenta
finar mi vida: su padre

al morir dejó en tutela
el gobierno de estos reinos
á la vez que á mi á la reina.
Esta murió y gocé solo
por completo la regencia,
en tanto no fuese el príncipe
de bastante edad y fuerza
para gobernar el trono
de su legítima herencia.
Pronto á cumplirse este plazo,
de un perverso la destreza
y envidia, logró del joven
gozar la privanza excelsa.
Yo en vano quise oponerme,
que él para afirmarse en ella
fragnó calumnias y escritos
aunque falsos, de manera
que al rey persuadan que quiero
levantarme con sus tierras.
Ayudáronle parciales,
creyólo la corte entera,
é irritado mi sobrino
llevóme á una fortaleza
á fin de que allí el verdugo
diérame muerte sangrienta.
Supe una noche propicia
el rigor de la sentencia
y á librarme, de mi lecho
las sábanas hice vendas
y descolguéme hasta el muro,
porque imposibles intenta
el que es padre y librar quiere
la vida que otras sustenta
y de la suya se animan.
En aquella noche mesma
dí aviso que me siguiese
en mi fuga la duquesa,
y ambos llegamos á un monte,
donde al cansancio y tristeza
murió la infeliz, dejándome
un tierno infante, que apenas
pudo adivinar si estaba

- RUI-LOR. su madre dormida ó muerta!
LAURO Qué es lo que venís buscando?
Norte mío son las señas
que nos dieron los pastores
cuando pregunté en la aldea
por los presos que trajeron
días hace á la presencia
del Duque...
- RUI-LOR. ¿Y si os reconoce?
LAURO No me cuido ya que entienda
soy el que regente fui.
Fíome de su nobleza,
que amigos fuimos un tiempo
y aun sé que hizo diligencia
por saber de mí en secreto;
si bien logró mi cautela
evitarle ser mal quisto
con los que mi muerte anhelan.
- RUI-LOR. Si aquí á vuestro hijo trajeron
y el Duque le ha dado suelta,
viendo que no era yo el preso,
forzoso es dejara huella
de su estancia en esta villa
si es que se partió á la guerra.
- LAURO Por eso os rogué... mal dije;
por aqueso os hice fuerza
me trujérais con vos
ya que el Gran Duque desea
le informéis de vuestra hermana
la infelice Leonela
y el de Estremoz.
- RUI-LOR. Yo he de hablarle
primero que á su presencia
lleguéis vos.
- LAURO Eso es cordura.
- RUI-LOR. Evitáis de esa manera,
si no sabe de Mireno,
revelar vuestra existencia.
- LAURO Si no he de volver á verle
poco importa que la pierda.
De qué me sirve?
- RUI-LOR. Oh! Callad!...

(Escuchando hacia adentro.)
LAURO Ah, hijo mío!
RUI-LOR. Que alguien llega.

ESCENA IV

DICHOS, FIGUEREDO.

FIGUER. El Duque os llama.
RUI-LOR. Á él acudo.
FIGUER. Vos, buen anciano, ahora es fuerza
os retiréis á otra sala...
donde el Duque os dará audiencia.
LAURO La vuestra me conceded
y decidme si se encuentra
preso aquí el pastor Mireno...
FIGUER. No sé daros más respuesta
sino que no hay preso alguno.
LAURO Ah! es que yo...
RUI-LOR. (Ap. á Lauro.) (En tanto no os vea
el Duque, no os declaréis.)
LAURO Aun verle preso me niega
la triste fortuna mía!
RUI-LOR. Le veréis.
LAURO Oh! Á Dios pluguiera!
(Se marchan por la puerta izquierda y salen por la del
foro Mireno y Tarso.)

ESCENA V

MIRENO y TARSO.

TARSO Buenos estamos, por Dios!
Oírte me causa pena;
quita allá! La Magdalena
bien te quiere, ¡voto á nós!
Más muestras quieres que dé
que decirte: «al cortesano
le dan, al dalle la mano,
para muchas cosas pie?»
¿Hay más que se signifique
una mujer principal?

Qué aguardabas... pésie á tall...
amante eres de alfeñique;
—que yo te daré este nombre,
pues no te osas atrever.—
¿Esperas que la mujer
haga el oficio del hombre?...
En qué especie de animales
no es la hembra festejada,
perseguida y regalada
con amorosas señales?...
Sí; mas yo...

MIRENO

TARSO

Tu arrullo empieza,
que lo demás es querer
el orden sabio romper
que puso naturaleza.

Habla; no pierdas por mudo
tal mujer y tal estado.

MIRENO

Un laberinto intrincado
es á fe el que temo y dudo.
No puedo yo imaginarme
que me prefieran, en mi celos,
al conde Vasconcelos;
pues llegando á compararme
con él, sé que es gran señor,
galán, discreto, y su tío
casi un rey, y desconfío
viéndome humilde pastor,
vástago de un tronco pobre,
que tan ilustre mujer
tan hermosa quiera hacer
más favor que al oro al cobre.

TARSO

Pues eso díz la afición
con que te honra y favorece.

MIRENO

Los favores que me ofrece;
su afable conversación...
el suspenderse, el mirar...
los enigmas y rodeos
con que explica sus deseos;
el fingir un tropezar,
—si es que fué fingido,—el darme
la mano, tienes razón,
debiera mi confusión

disipar y aun animarme.
Mas, ¡ay, Tarso!... entre el temor
y la esperanza me abraso.
Llego á hablarla, tengo el paso:
ceja el miedo?... impele amor...
y cuando más me provoca
y á hablalle el alma comienza,
enojada la vergüenza
llega y tápame la boca.

TARSO

Vergüenza? Tal dice un hombre?
Vive Dios!... que estoy corrido
de haber de tu labio oído
tal necedá! No te asombre
que así llame á tu temor
por no llamarle locura.
Miren, pues, qué criatura
ó qué doncella *Teodor*
eres tú—visto despacio—
que diga vergüenza tiene?...
Si es así, para qué viene
el vergonzoso á palacio?...
Amor vergonzoso y mudo
medrará poco, señor,
que á tener vergüenza amor,
no le pintaran desnudo.
No hayas miedo que se ofenda
cuando digas tus antojos;
vendados tiene los ojos,
pero la boca sin venda.
Habla... ó yo se lo diré,
porque si callas, es llano
que quien te dió pie, en la mano
tiene de dejarte á pie.

MIRENO

Bien me estás aconsejando,
que amor que es mudo no es cuerdo;
mas, si por hablar hoy pierdo
lo que poseo callando?
Si agora con mi privanza
imagino que me tiene
amor, y aquesto entretiene
mi incierta y loca esperanza,
¿á qué declarar mi amor

para que venga en mi daño
el castigo y desengaño
que me guarda su rigor?...
¿No es mucho más acertado
—aunque la lengua sea muda—
gozar un amor en duda
que un desdén averiguado?
Mi vergüenza esto señala;
esto intenta mi secreto.
Dijo una vez un discreto
que en tres casos era mala
la vergüenza y el temor.
Y eran?

TARSO

MIRENO

TARSO

Escucha despacio:
en el púlpito, en palacio
y en decir uno su amor.
En palacio estás, los cielos
te abren camino anchuroso:
no pierdas por vergonzoso...
Si al conde de Vasconcelos
ama, cómo puede ser?

MIRENO

TARSO

MIRENO

Si lo veo
y ella lo dice?...

TARSO

Es rodeo
y traza para saber
si amas tú: á hablarla comienza,
que por Dios si la perdemos,
al monte volver podemos
á pastar.

MIRENO

Si la vergüenza
me da lugar, yo lo haré
aunque pierda vida y fama.
Chito! que llegó una dama...
tan muda como tú á fe.
Bien puede serviros de *Hito*.

TARSO

(La dama que ha salido trae cartera de despacho, que pondrá sobre la mesa.)

¿Qué es aquello que previene?
La cartera donde tiene
Magdalena lo que ha escrito.
Ya aquí no habemos de estar,

MIRENO

que ella saldrá; y bien se infiere
que es costumbre que yo espere
á que me mande llegar.

TARSO

Háblala luego, despacio,
y al alma.

MIRENO

Temo...

TARSO

Es forzoso.

¿Á qué si no al vergonzoso
le trujo el diablo á palacio?...

(Los dos se retiran á la antecámara.)

ESCENA VI

MAGDALENA

Salen: se sienta distraida; después abre el abanico, en el cual se supone
una lámina de Cupido.

Ciego Dios, ¿no os avergüenza
la cortedad y el temor?...
De cuándo acá, niño amor,
sois hombre y tenéis vergüenza?
Es posible que vivís
en don Dionís y que os llama
su dios? Sí. Pues si me ama,
cómo calla don Dionís?
Decláreme sus antojos,
pues callar un hombre es mengua;
dígame una vez su lengua
lo que me dicen sus ojos.
Si teme mi calidad
su pobre y humilde estado,
bastante ocasión le ha dado
mi atrevida libertad.
Ya le han dicho que le adoro
mis ojos, aunque fué en vano.
La lengua al dalle la mano,
—á costa de mi decoro,—
ya abrió el camino que pudo
á su miedo. ¡Ah! Ciego infante!
ya que me habéis dado amante,

por qué me lo disteis mudo?

(Arroja el abanico sobre la mesa.)

Mas no me admiro lo sea,
pues tanto amor me humilló,
que aun diciéndoselo yo
podrá ser que no lo crea.

(Hace seña á la dama, la cual, después de recibir la orden de Magdalena, va á la antecámara y habla con Mireno.)

Ved si don Dionís ya viene
á darme licción. Oh! A dar
licción vendrá de callar,
pues aún palabras no tiene.

(Vuelve la dama cerca de Magdalena, ésta le hace seña de que se marche, y aquélla obedece.)

De suerte me trata, Amor,
que mi pena no consiente
más silencio: abiertamente
le declararé mi amor
contra el común orden y uso.
Mas tiene de ser de modo
que aun diciéndoselo todo
le he de dejar más confuso.

(Se sienta junto al bufete y finge dormir.)

ESCENA VII

MAGDALENA, MIRENO

MIRENO

Las plantas veso á vucencia.

(Hace reverencia desde el dintel.)

¿Es hora de dar licción? (Pausa.)

(Ya comienza el corazón

á temblar en su presencia!)

Señora? (Si aún no me ha visto!)

(Se acerca y hace otra reverencia.)

Inmóvil sobre la silla

y la mano en la mejilla

está...)

MAGD.

(En vano me resisto
á este ardid: me ha de entender
como que dormida estoy.)

MIRENO

Don Dionis, señora, soy...

(Reverencia y pausa.)

No me responde!—Si duerme?—

(La observa cauteloso.)

—Durmiendo está!... (Pausa.)

Atrevimiento,

ahora es tiempo; llegad
á contemplar la beldad
que ofusca mi entendimiento!

Cerrados tendrá los ojos;
llegar puedo sin temor,
que si son flechas de amor
no me podrán dar enojos.

(Se aproxima de puntillas y la contempla extasiado.)

¿Hizo el autor soberano

de nuestra naturaleza

más acabada belleza?

Besarla quiero una mano...

(Cierra la cortina de la puerta derecha.)

Llegaré? Sí! Pero no!... (Llega y se detiene.)

que es la reliquia divina

y mi humilde boca indina

de tocarla. ¿Pero yo

soy hombre y tiemblo? Qué es esto?

Animo! No duerme? Sí!

(Llega decidido; alarga su mano para tomar la de Magdalena, pero titubea, se detiene y aparta; Magdalena hace un pequeño movimiento de despecho, que reprime luego y vuelve á quedar inmóvil.)

Pues ¡ea!... Pero... Ay de mí!...

que el peligro es manifiesto;

si despierta ¿qué he de hacer

hallándome de este modo?

Para no perder el *todo*

bueno es lo *poco* perder.

El temor al amor venza

y afuera quiero esperar.

(Vuelve la espalda y da algunos pasos para retirarse; Magdalena observa á hurtadillas siguiéndole con la vista.)

(Que no se atrevió á llegar?)

Mal haya tanta vergüenza! (Repite el juego.)

MAGD.

MIRENO

Oh! Amor me retiene aquí...

Pero no; durmiendo está,
y vóime...

(Se retira hasta llegar al dintel de la puerta del foro; Magdalena manifiesta sentimiento.)

MAGD.

(Que al fin se va?)

Don Dionís?... (Entre dientes.)

MIRENO

(Llamome? Sí.

Cuán presto que despertó!

Digo! Qué bueno quedara

si mi intento ejecutara.

(Se acerca y saluda. Magdalena permanece inmóvil y habla algún monosilabo como entre sueños.)

Mas no está despierta... no...

que en sueños pienso que acierta

mi esperanza apetecida,

y quien me llama dormida

no me quiere mal despierta.)

MAGD.

Le amo! (En sueños.)

MIRENO

Si soñando está

en mí? ¡Ay! cieles! Quién supiera

lo que dice?

MAGD.

No os vais fuera? (Como soñando.)

Llegaos, don Dionís, acá...

MIRENO

Llegar me manda en su sueño?

Cuán venturosa ocasión!

Obedecella es razón!... (Se acerca más.)

pues aunque duerme, es mi dueño.

Amor, acabad de hablar,

qué yo entienda... (Breve pausa.)

MAGD.

Don Dionís: (Id.)

ya que á enseñarme venís

á un tiempo á escribir y amar...

Oh! (Gozoso.)

MIRENO

Al conde de Vasconcelos...

MAGD.

Ah! celos!... Qué es lo que veis?...

MIRENO

Quisiera ver si sabéis

MAGD.

qué es amor y qué son celos.

Decidme, ¿tenéis amor? (Pausa.)

De qué os ponéis colorado?

(Sonriendo y con burla.)

Qué vergüenza os ha turbado?

Animo, fuera el temor.

Si esto es verdad, para qué
os avergonzáis así? (Pausa.)
Queréis bien?—«*Señora, sí.*»
(Imitando la voz y tono suave de Mireno; éste suspira.)
Gracias á Dios que os saqué
una palabra siquiera!

MIRENO (Marcada expresión de alegría.)
Hay sueño más amoroso?
Oh! Mil veces venturoso
quien te escucha y considera!
Aunque tengo por más cierto
que yo solamente soy
el que soñándolo estoy,
pues no debo estar despierto.

MAGD. Y habéis dicho á vuestra dama
vuestro amor?—«*No me he atrevido.*»

(Con ñoñería.)
Luego nunca lo ha sabido?
—«*No!*»—Decid cómo se llama?...
—«*Yo no me atrevo ¡ay de mí!*» (Id.)
¿Y si yo su nombre os doy?
Diréis si es ella, si soy
yo acaso?—«*Señora, sí.*» (En tono resuelto.)
Pues hablad de aquí adelante,
don Dionís, á esto os exhorto,
que en juegos de amor no es cargo
tan grande un cinco de largo
como es un cinco de corto.

Días há que os preferí
al conde de Vasconcelos.
MIRENO Ah! Qué oigo, piadosos cielos!
(Magdalena alarga instintivamente la mano hacia Mireno;
éste la ase con la suya, da un grito de gozo y se la besa.
Magdalena finge despertar asustada y se levanta.)

MAGD. Ay, Jesús! quién está aquí?
Quién os trajo á mi presencia?

MIRENO Perdonad, señora mía!
MAGD. A qué vinisteis?... (Con acritud.)

MIRENO (Turbado.) Venía...
á dar á vuestra excelencia
licción: halléla durmiendo,
y mientras que despertaba,

- MAGD. aquí, señora, aguardaba.
(Sonriendo y con cómica resignación.)
Dormime, en fin, y no entiendo
de qué pudo sucederme,
que es gran novedad en mí
quedarme dormida así.
(Breve pausa, en la cual Mireno manifiesta con la acción
que resuelve declararse.)
- MIRENO Si sueña siempre que duerme
vuestra excelencia del modo
que agora... dichoso yo!
- MAGD. (Gracias al cielo que habló
este mudo!) (Respirando fuerte.)
- MIRENO (Tiemblo todo!)
- MAGD. (Con amabilidad.)
Sabéis vos lo que he soñado?
- MIRENO Poco es menester saber
para eso. (Animándose.)
- MAGD. (Con burla.) Debéis de ser
otro José!...
- MIRENO Su traslado
en la cortedad he sido,
pero no en adivinar. (Insinuante.)
- MAGD. Ganosa estoy de aclarar
cómo el sueño habéis sabido.
- MIRENO Durmiendo vuestra excelencia
por palabras le ha explicado.
- MAGD. (Con fingido asombro y rubor.)
Válame Dios!
- MIRENO Y he sacado
en mi favor la sentencia...
que falta ser confirmada
para hacer mi dicha cierta,
por vuecxcendencia despierta.
- MAGD. Yo? No me acuerdo de nada.
Decídmelo; podrá ser
que me acuerde de algo agora.
- MIRENO (Va á hablar, titubea y se detiene.)
No me atrevo, gran señora.
- MAGD. Muy malo debe de ser
pues no me lo osáis decir.
- MIRENO No tiene cosa peor

- que haber sido en mi favor.
- MAGD. Mucho lo deseo oír: (Breve pausa.)
acabad ya. ¡Por mi vida!
(Impaciente y jurando.)
- MIRENO Ah! Es tan grande el juramento
que anima mi atrevimiento!
- MAGD. Hablad!...
- MIRENO Vucencia dormida...
Tengo vergüenza.
(Deténese y cambia de tono cómicamente. Magdalena muestra gran impaciencia.)
- MAGD. Acabad;
que estáis, don Dionís, pesado!
- MIRENO Abiertamente ha mostrado...
(Balbuceando temeroso.)
que me tiene voluntad.
- MAGD. Yo?... Cómo?... (Con amable ingenuidad.)
- MIRENO Calmó mis celos,
y en sueños me ha prometido...
¿Qué?...
- MAGD. Que he de ser preferido
al conde de Vasconcelos...
(Magdalena muestra alegría; Mireno la observa receloso.)
- MIRENO Ved, pues, si en esta ocasión
son los favores pequeños!...
- MAGD. Sí? Pues yo... Ah! No creáis sueños,
que los sueños... sueños son!
(Magdalena le mira en silencio, cariñosa, y en el momento en que pronuncia «Pues...» y se decide á contestarle favorable, ve á Serafina que se presenta en la puerta derecha. Entonces hace una violenta y hábil transición en tono y semblante que deja confundido á Mireno y pasa rápidamente á la puerta á recibir á Serafina, con la cual habla durante el monólogo de Mireno, y después las dos pasan á sentarse junto á la mesa.)

ESCENA VIII

DICHOS, SERAFINA.

MIRENO (Oh! Habré de perder el seso!
Cuando sube mi esperanza
carga el desdén la balanza
y se deja en fiel el peso.
No he de hablar más en mi vida,
pues mi desdicha concierta
que me desprecie despierta
quien me quiere bien dormida.
Calle el alma su pasión
y sirva á mejores dueños,
sin dar crédito á más sueños,
que los sueños sueños son!)
De cierto vienes por mí?
Pues por quién?

MAGD. Si te desvela
SERAFA. encontrar al de Penela...
MAGD. (Manifestando con la acción que no se halla allí.)
SERAFA. Oh! Huyendo de él vine aquí
á ver como dáis lición.
MAGD. Veráslo. (Se sienta al bufete.)
SERAFA. Tu carta ví
para el conde, en que leí
del sobrescrito el renglón,
y complacióme.—Escribis
muy claro.

MAGD. (Con reticencia, mirando á Mireno.)
Y aún no lo entiende
con ser tan claro, y se ofende
mi maestro don Dionís. (Recalcado.)
MIRENO Oh! Perdóneme vneencia:
el maestro sabe el honor
que le hacéis...

MAGD. (Mostrándole un papel.) Ves lo mejor
que escribo?...

SERAFA. Sí.
MAGD. Pues la ciencia
de don Dionís hace vana

- mi aplicación.
SERAF. (Reconviniéndole.) Si?
MIRENO (Disculpándose y suspirando.) Ah! señora!
MAGD. Escribí no há un cuarto de hora
medio dormida, una plana
tan clara, que la entendiera
aun quien no saber leer.
No se da bien á entender
mi estilo?... (Con burla.)
MIRENO Servir pudiera,
según los giros que traza
de arte, para *bien hablar*.
MAGD. Y á vos, maestro, el de callar,
os place, eh?...
MIRENO Sólo rechaza
mi gusto el postrer renglón,
—por más que la pluma excuso—
porque estaba muy confuso...
MAGD. (Con soflama.)
Diréislo por el borrón
que eché á la postre?
MIRENO Pues no?
MAGD. Pues adrede lo eché allí.
MIRENO (id.) Sólo el borrón corregí
porque lo demás borró.
MAGD. Bien le pudisteis quitar,
que un borrón no es mucha mengua.
MIRENO Cómo?
MAGD. (Enojada.) El borrón con la lengua
se quita y no con callar.
MIRENO (Ap. gozoso.) (Oh!...)
MAGD. Cortad agora plumas.
MIRENO (Ap.) (Ah! El placer me vuelve loco!)
(Coge cortaplumas.)
MAGD. Breve! Hum! Sois para tan poco...
SERAF. Ríñesle?
MAGD. No hay que presumas,
que de vergüenza no sabe
hacer cosa de provecho.
SERAF. Pues padre está satisfecho
de él y mucho!
(Mireno toma un mazo de plumas.)

MAGD. En cosa grave
quizá; no en otros asuntos
de ingenio: maestro? acabad!

MIRENO Es que desato...

MAGD. (Con ira.) Cortad.

MIRENO Han de ser *cortos* los puntos?

MAGD. Qué amigo sois de lo *corto*! (Con ira.)
Largos los pido: cortadlos
de aqueste modo ó dejadlos.

MIRENO Ya, gran señora, los corto.

SERAF. Severa estás! (Á Magdalena.)
(Mireno moja la pluma en el tintero.)

MAGD. Mal se aviene
mi genio á hombre vergonzoso
como él, por demás miedoso!...
La pluma?... (Á Mireno con enfado.)

MIRENO Ya tinta tiene. (Presentándola.)

MAGD. Mostrad. Uf! qué mala! ay, Dios! (La arroja.)

SERAF. Por qué la arrojas al suelo?

MAGD. (Á Serafina.) Siempre me la da con pelo!
Libreme el cielo de vos! (Á Mireno.)
Quitadle con el cuchillo.

SERAF. (No sé de esto qué presumo!)

MAGD. (Siempre con pelo la pluma
y la lengua con frenillo!)

MIRENO (Gozoso.) (Propicios me son los cielos;
su ira convierto en favor!)

ESCENA IX

DICHOS y D. ANTONIO

Este saluda á Magdalena y se dirige á Serafina. Mireno se pone á escribir;
Magdalena le observa á hurtadillas, mientras atiende á D. Antonio.

ANTONIO Hablé al Duque mi señor,
y á calmarle en tus recelos
vengo, bella Serafina:
tu padre oyó de mis labios
los que tú llamas agravios,
y á disculparme se inclina

- por mi engaño y sutileza;
pues harto está persuadido
que si te mentí no ha sido
en mengua de su nobleza.
- SERAF. Si al Duque no le ofendió
tu engaño y atrevimiento,
en perdonarte consiento.
- ANTONIO Pasó el enojo?
- (Pidiéndole la mano, que Serafina le da cariñosa.)
- SERAF. Pasó.
- ANTONIO Para nunca más volver?
- SERAF. De ello mi amor te responde.
Mas qué arguyó el Duque al Conde
para mi enlace romper?
Vos le visteis?
- ANTONIO Sí en rigor.
Entre enojo y cortesía
que casarse no podía
contigo el que era deudor
á otra mujer de su fama,
rogándole se casase
con Leonela y restaurase
así el honor de esta dama.
- SERAF. Y el Conde?...
- ANTONIO Quedó confuso;
y en muestra de arrepentido
á casarse decidido.
partir hoy mismo dispuso
con Rui-Lorenzo, de Avero.
Los dos la posta tomaron
y á Evora se encaminaron
á cumplir cual caballero
el de Estremoz...
- SERAF. Bien!
- MAGD. Gran pena
sin esto hubiera tenido,
porque sé érais preferido
al Conde.
- ANTONIO Vos, Magdalena,
gozo y albricia ganada
le debéis á mis anhelos!...
- MAGD. Pues qué?...



ANTONIO El conde Vasconcelos
está un cuarto de jornada
de esta villa.

MAGD. Oh! Qué?...
MIRENO (Ay de mí!)

 (Deja de escribir.)

ANTONIO Muy pronto llegará aquí;
pero trae tan limitada
dicen del rey la licencia,
que no hará más que casarse
mañana y luego tornarse.

SERAF. Por fin la ocasión llegó
que deseas!

MAGD. (Saldrá vana!)

 (Resueltamente se pone á escribir con rapidez.)

MIRENO (Ay! cielo!)

MAGD. (Mi bien suspira!)

SERAF. Vamos, deja aquesto y mira
que has de casarte mañana.

MAGD. Don Dionís, en acabando
de escribir esto, leed
atentamente, y haced
luego lo que aquí yo os mando.

MIRENO (En voz baja y acento apasionado.)
(Si yo la ocasión perdi,
qué he de hacer? Ah suerte dura!)

MAGD. (Amor todo es coyuntura.)
(Rápidamente y en cariñosa confianza le da el papel y
juntándose á Serafina se va con ella y D. Antonio.)

ESCENA X

MIRENO

Qué será esto?... Dice así:
«No da el tiempo más espacio;
esta noche en el jardín
tendrán los temores fin
del vergonzoso en palacio.»
Cielos! Qué escucho? Qué veo?
Esta noche? Hay más ventura?
Si lo sueño? Si es locura?



No es posible, no lo creo!
«Esta noche en el jardín...» (Leyendo.)
Vive Dios, que está aquí escrito.
Qué más prueba necesito
de su amor? Dichoso fin!
Vóime al jardín, y en su espacio
juro dará envidia y celos
al conde de Vasconcelos
el vergonzoso en palacio! (váse.)

ESCENA XI

EL DUQUE, LAURO, FIGUEREDO

DUQUE Venid, oh, Duque, venid;
cuando yo me afané tanto
por hallar vuestro retiro,
el cielo piadoso ha dado
la solución más propicia
que pudiera, presentándoos
en ocasión en que puede
haceros saber mi labio
que há ya tiempo recibí
un pregón del rey, firmado
y escrito al finar sus días
Santaren, vuestro adversario,
en que inocente os declara
de su conciencia en descargo.

LAURO Ah! Dios siempre hace justicia!
Duque amigo, sus arcanos
son inescrutables; hoy,
que llegué desesperado
aquí en busca de mi hijo,
los peligros arrostrando
de una sentencia de muerte,
vuestros cariñosos brazos
me estrechan, y vuestra boca
el perdón del soberano
me anuncia. Bendito él sea!
Ya en mi corte luengos años
viviréis...

DUQUE

LAURO Pocos serán:

si es lenitivo al quebranto
que sufro, vuestra amistad,
sin saber si mi hijo amado
murió en la guerra, si aún vive,
pronto al sepulcro este anciano
dará lo que es tan suyo.

DUQUE No dejó huella ni rastro
para indagar?...

LAURO El mancebo
que aquí vinome guiando,
nada más declarar puede
sino que él hubo trocado
con un pastor su vestido
en el monte.

DUQUE (Ap.) (Será acaso?...
No es posible...)

LAURO Qué os agita?

DUQUE Un suceso extraordinario,
si es tal cual yo lo presiento.

LAURO No me diréis?

DUQUE Entre tanto
quiero que honréis á mis hijas.
Figueredo? Al secretario
de Magdalena llamad!
y de suceso tan fausto
sepan también mis dos hijas...

FIGUER. A entrambas acompañando
viene el conde de Penela.

DUQUE Cumplid con el otro encargo
que os hice.

FIGUER. Voy á cumplirle. (Váase.)

ESCENA XII

DICHOS, MAGDALENA, SERAFINA, ANTONIO

MAGD. Señor, habéisnos llamado?

SERAF. Qué manda vuestra excelencia?

DUQUE Que beséis, hijas, la mano
al gran Duque de Coimbra,
vuestro tío!

MAGD. (Ap.) (Oh! Yo este fausto

suceso he de aprovechar.)

SERAF. Y MAGD. Señor...

DUQUE

Á sus pies postraos,

y que él á su vez bendiga
vuestro enlace proyectado
con el conde de Penela
presente aquí, y el que aguardo
llegue pronto Vasconcelos.

LAURO

Gocéis, sobrinas, mil años (Se arrodillan.)
los esposos que os esperan.

(Levanta á Serafina, Magdalena permanece arrodillada.)

SERAF.

El cielo guarde otros tantos
la vida de vuecelencia.

MAGD.

Si la mía estimáis algo,
yo os ruego, y así propicios
de aquí adelante los hados
os dejen ver reyes nietos,
que, por los cielos sagrados,
impidáis mi matrimonio
con Vasconcelos tratado.

DUQUE

Qué dices?

TODOS.

Ah!

DUQUE

Que esto escuche?...

MAGD.

Perdóname. Aunque el recato
de la mujeril vergüenza
atropelle, al fin oíráslo.

Sabe, señor, que no soy
ya libre; casada me hallo.

DUQUE

Perdiste el juicio?... Atrevida!...

MAGD.

El cielo y amor me han dado
esposo, aunque humilde y pobre,
discreto mozo y gallardo.

Suya he de ser ó morir!

DUQUE

Qué dudo que no te mato?

Mas si haré... (Sacando la espada.)

de los cielos soberanos!
—Tú quisisteme pastor,
y mis pensamientos altos
de entre los bosques y selvas
á la corte me llevaron.
Soñé en el laurel de Marte,
y amor me ofrece su lauro.
—Padre!—Señor!...

DUQUE (Con noble afabilidad.) Soy contento.

LAURO Y yo! (Con gozo.)

DUQUE Sed felices ambos. (Uniéndolos.)

MIRENO De gozo en mi pecho salta
el corazón á pedazos!

MAGD. Señor?... (A Lauro.)

LAURO Abrázame, hija! (A Magdalena.)

DUQUE (Con afabilidad á Mireno que se le ha acercado.)

Qué bien habéis enseñado
á escribir á Magdalena!

MIRENO Como es el amor tan sabio!...

TARSO Duque, Mireno? (Presentándose á él.)

(Con rústica libertad y cariñoso desenfado.)

MIRENO (Afectuoso.) Y tu amigo.

Siempre estarás á mi lado.

(Ofreciendo á lo príncipe.)

TARSO Qué he de estar?... Por esos mundos

me voy más listo que un gamo;

á ver si á tu buen ejemplo,

(Con fatuidad cómica.)

con otra infanta me caso.

MAGD. Admiré tu gallardía,

tu entendimiento preclaro,

(A Mireno. Poco á poco se separa de la situación dramática

para concluir con la lírica.)

y me hizo su esclava amor

sin yo poder evitarlo:

Amor, que viste pellico

por los montes solitarios,

y en los palacios de oro

las galas de cortesano:

Amor, que junta las almas,

sin hallar jamás reparo

en las barreras crueles

que inventó el hombre insensato:
Amor, que en el pecho infunde
vida, valor, entusiasmo:
Amor, fuerte cual la muerte,
que une cetros y cayados.
Te vi, te amé, creció el fuego,
y te declaré soñando
lo que decían los ojos,
en muda prisión los labios!

(Al público.)

¿Tirso pinta desenvuelta
á la mujer? Oh! qué engaño!
Tirso la dibujó siempre
con el pecho enamorado.
Ardiente amor verdadero
puso, no el aleve y falso,
no el criminal, en la dulce
mitad del género humano.
Sin pintarle de capricho,
hizo de amor el retrato:
tiren su piedra los fuertes,
si le puso en frágil vaso.
Por algo tres siglos rinden
su admiración y su aplauso
al autor incomparable
de EL VERGONZOSO EN PALACIO.

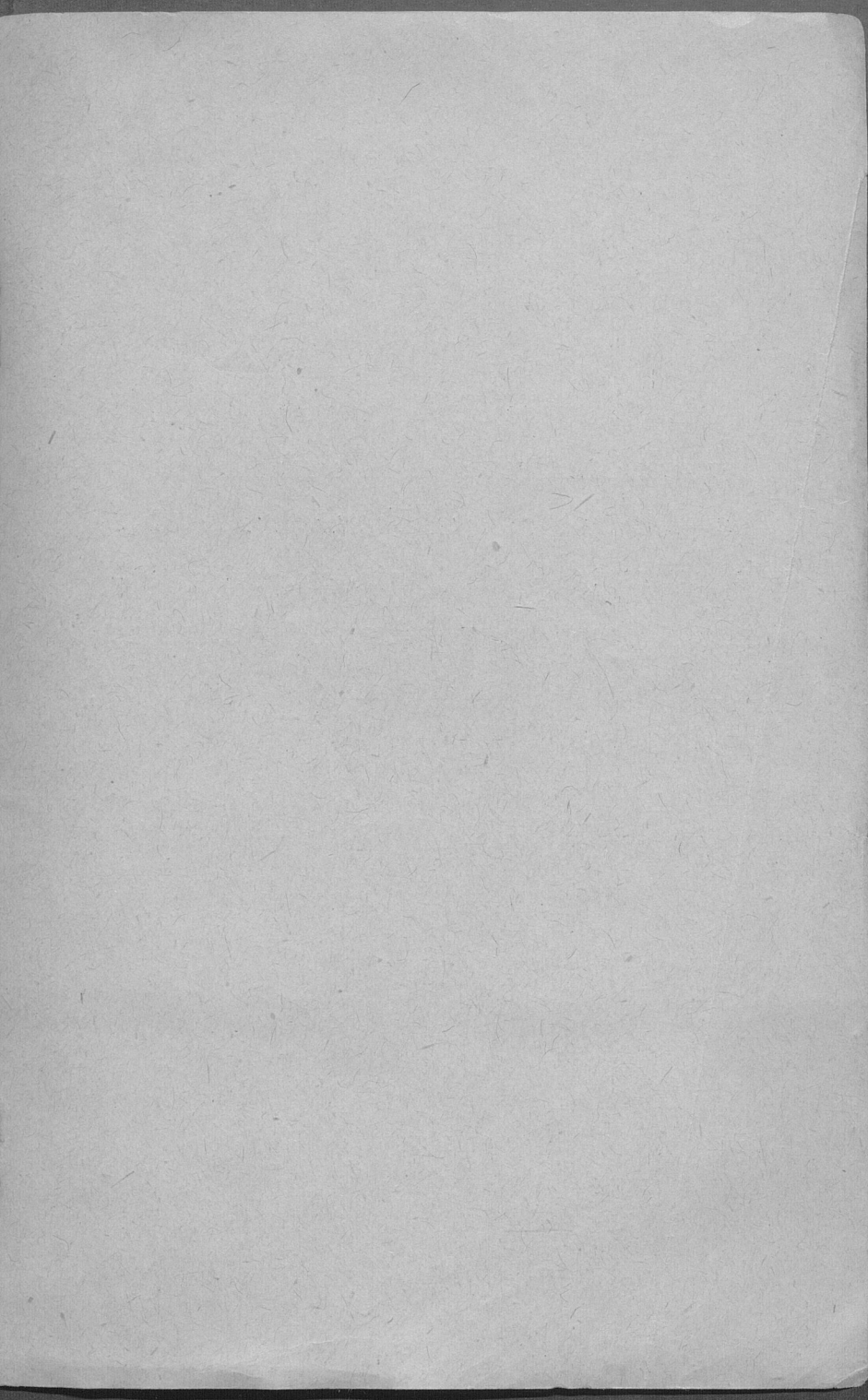
FIN

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

que han sido representadas en los principales teatros de Madrid, y se hallan de venta en las librerías de España y América

AHOGARSE Á LA ORILLA.
AMOR Y TRAVESURA.
A SECRETO AGRAVIO...
LA PIEL DE CULEBRA.
LUZBEL PREDICADOR.
LA PASTORA DEL RONCAL.
EL ALCALDE DE TRONCHÓN.
EL AMOR DE UNA POLLITA.
PACO Y MANUELA.
UNA NOCHE EN TRIJUEQUE.
¡QUÉ PLAGA!
SIMILIA, SIMILIBUS, ETC.
MARTA LA PIADOSA.
LAS TRAVESURAS DE JUAN.
LA MUERTE CIVIL.
UN LIO ENTRE DOS CASTAÑOS.
LA VIDA ES SUEÑO.
REY VALIENTE Y JUSTICIERO.
EL VERGONZOSO EN PALACIO.
EL PURGATORIO DE INFIELES.

- ТЕР-Е.М.В. XVIII ✓



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, Núñez de Balboa, 14, considerándose como fraudulento todo el que carezca de los sellos de dicha Sociedad y el del autor.

